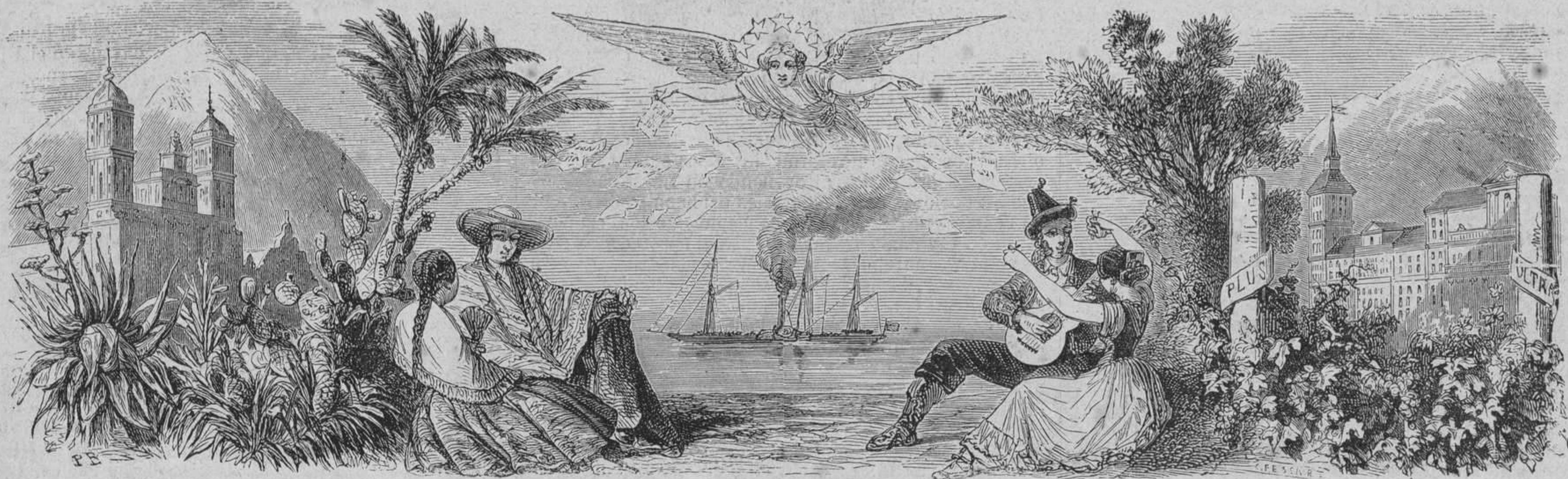


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — N° 498.

SUMARIO.

Inauguracion del ferro-carril de Pont-l'Eveque á Honfleur; grabado. — **Mesa revuelta.** — **Aventuras póstumas de Paganini;** grabados. — **Expedicion de Méjico;** grabados. — **El general Zaragoza;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Los talentos.** — **La exposicion de agricultura en Lóndres en el parque de Battersea;** grabados. — **El órden, estudios de costumbres;** grabados. — **Misterios.** — **España en Lóndres.** — **El sultan Abdul Aziz;** grabado. — **Problemas de ajedrez;** grabado.

Inauguracion

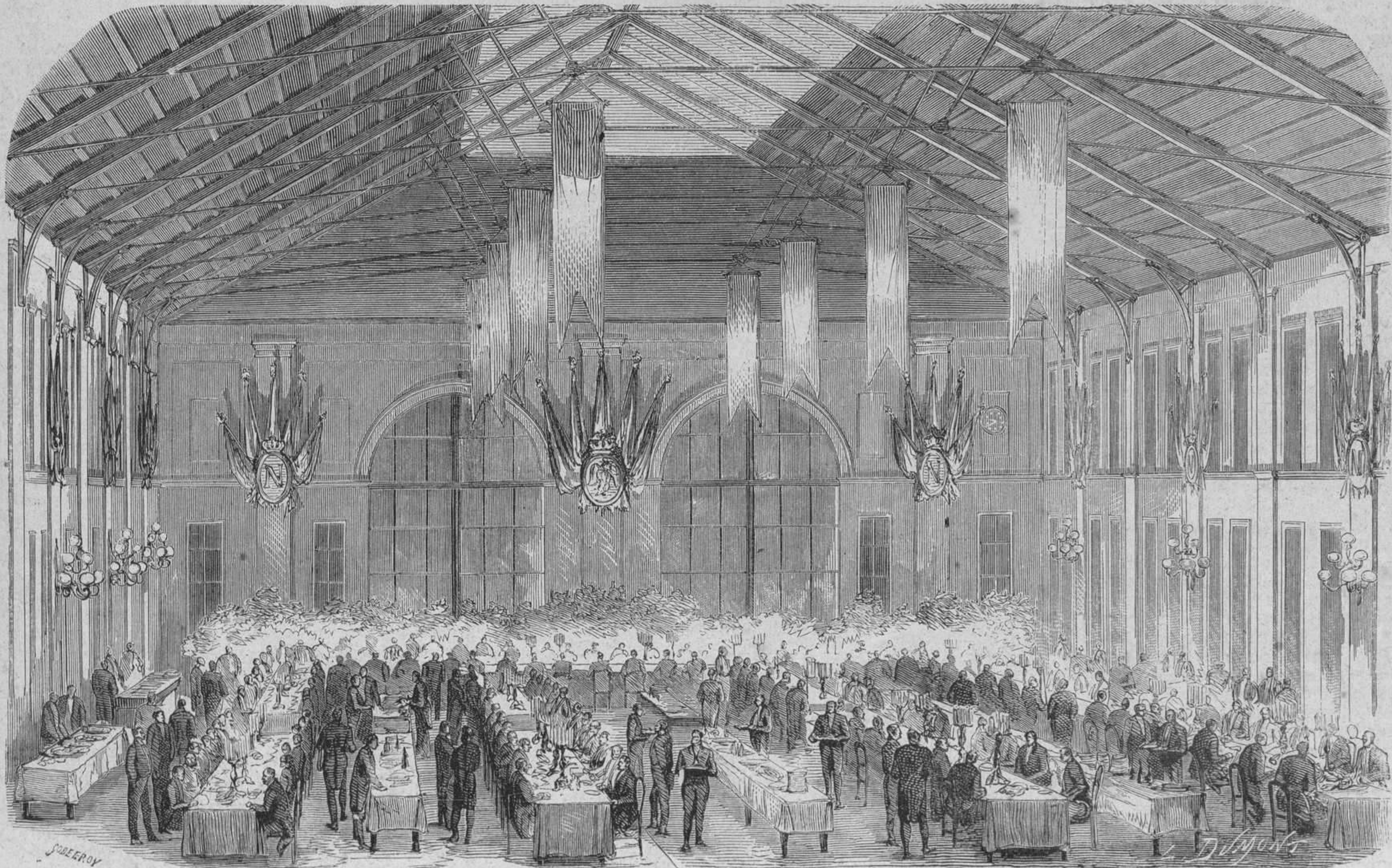
DEL FERRO-CARRIL DE PONT-L'ÉVEQUE A HONFLEUR
(Francia).

La patria de Daguerre, el pueblecillo de Honfleur, se cuenta hoy en el número de las extremidades arteriales de la red férrea de Francia, habiendo inaugurado los veinte y cuatro kilómetros que le separan de Pont-l'Eveque, y por cuyo medio queda ligado á las vias rápidas.

Por pequeña que sea la importancia kilométrica de un ramal ó de la prolongacion de una línea de ferro-carril, esa importancia es siempre muy grande, en cuanto al punto de vista económico, tanto para todo el pais como para la localidad que debe sacar el provecho mas directo; ella explica cómo las compañías y los consejos municipales hacen ordinariamente muchos gastos para

solemnizar esas inauguraciones, á las que asisten el clero, las autoridades civiles y militares, las notabilidades locales y los principales órganos de la prensa.

En esas condiciones se efectuó el domingo último la de la prolongacion de Pont-l'Eveque á Honfleur: el tren oficial salió de Paris á las once y cincuenta minutos de la mañana, deteniéndose solo en las estaciones de Mantes, Evreux, Bernay, Lisieux y Pont-l'Eveque: hizo su trayecto de cerca de sesenta leguas en cuatro horas cincuenta y cinco minutos. A las cinco el tren se detenía delante de la estacion, y los convidados se apeaban para entrar en el local, que separado por una colgadura transversal formaba dos inmensas salas, de las cuales la primera sirvió para la bendicion de las dos locomotoras: *Pont-l'Eveque* y *Honfleur*. En efecto, despues de la alocucion religiosa, las dos nuevas locomotoras empavesadas se adelantaron con obediencia, de frente y lentamente, recibieron el agua sagrada á los cánticos



Inauguracion del ferro-carril de Pont-l'Eveque á Honfleur. — Banquete en las construcciones de la estacion.

de los sacerdotes y al ruido del cañon, y luego se retiraron con la majestad con que se acercaran.

En el banquete que se había preparado en la segunda separación de la estación, y al que asistían trescientos convidados, hubo varios discursos. Al banquete siguió un baile en la alcaldía, y a las doce de la noche los convidados parisienses volvían a los wagones para estar en París a las cinco de la mañana.

En este nuevo ramal debemos señalar una obra de arte perfectamente ejecutada: el gran tunel de San Andrés de Hebertot, que cuenta 2,900 metros de largo.

P. P.

Mesa revuelta.

I.

LOS DESAFIOS.

Los que defienden esta brutal institucion, reliquia evidente de los tiempos bárbaros, se fundan en que es necesaria para que los hombres se respeten mutuamente en sociedad. Convienen en que es una desgracia que así sea, pero insisten en que es una desgracia *necesaria*. — Sin el correctivo de los desafíos, dicen, la insolencia de los fuertes llegaría a hacerse insoportable a los débiles.

No es posible discurrir peor. Cabalmente sucede y no puede menos de suceder todo lo contrario: la institucion del Desafío, a mas de aumentar de hecho la grosería y la violencia de los fuertes, las aumenta de derecho, por efecto de esa servil y odiosa admiracion que generalmente nos inspira la fuerza unida a la fortuna, por manera que el que vence en un desafío, ese nos parece que tiene siempre razon.

La prueba del desafío se llamaba en la edad media el *juicio de Dios*: hoy pudiera llamarse el juicio de la sociedad, siempre propensa a favorecer al que sale bien de ella. ¿Quién negaría que aun queda mucho de aquella bárbara preocupacion? Ni puede ser de otro modo.

El desafío, lejos de impedir ó coartar el ejercicio de la violencia y la grosería, lo sanciona y legitima en cierta manera. Esto es evidente: la experiencia y el discurso lo acreditan de consuno. Así sucede, y *no puede menos* de suceder así. La sociedad no se interesa ni puede interesarse por el insultado, porque dice: — ¡Le queda el recurso del desafío!...

Si el insultado no apela a ese recurso supremo, es un *cobarde*, y no merece que nadie se interese por él, al paso que el insultador, con solo que esté dispuesto a añadir al insulto el homicidio, — esto es, a batirse en desafío, — es un *caballero*, es un valiente. ¿Cómo negarle nuestro aprecio?

¿Cómo no respetar al hombre que está siempre dispuesto a matar a otro despues de haberle insultado? No hay mayor nobleza ni mayor virtud a los ojos de la sociedad: por lo menos, todas las demás se estiman en poco si no van acompañadas de esa. El que detesta el homicidio eventual, es un cobarde. Tal es la lógica del mundo: así, próximamente, discurre en todo.

El *homicidio*, he dicho, pero he dicho mal: debí decir, el homicidio ó el *asesinato*. Verdaderos asesinatos son los mas de los desafíos, dado que el manejo de las armas es un arte, y que no todos los hombres poseen igualmente sus principios y su practica. Cuando un espadachin se bate con uno que no lo es, y le mata como es consiguiente, no debemos decir que le vence, sino que le asesina. Lo mas prudente es no decir nada, y si llega el caso, aplaudir. ¡Son tan puntillosos los caballeros asesinos!

Por la misma razon hay tambien desafíos que vienen a ser verdaderos *suicidios*: tales los considera aun la legislación bávara. Del que arrastrado por un falso pundonor va a jugar su vida con evidente desventaja, no debemos decir que ha muerto en desafío, sino que se ha suicidado. Es un modo de matarse ó hacerse matar, como otro cualquiera.

II.

EL HONOR.

La institucion del desafío, fundada en una falsa idea del *Honor*, no debe buscarse, creo yo, en la necesidad de que los hombres se respeten mutuamente, sino en nuestros naturales instintos de violencia, y en esa especie de vil respeto que nos inspira la fuerza. Entre los chinos no existe la nocion del desafío, y su cortesía y respeto mutuos en sociedad son admirables, dice don Sinibaldo de Mas en su excelente libro titulado *la China y las potencias cristianas*. Lo mismo en la Persia. Y ¿porqué sucede eso? porque allí, como no existe el desafío, cuando ocurre un insulto, todos se interesan naturalmente por el insultado y vituperan al insultador, quedando este deshonrado y el otro no. La moral, el buen sentido y la costumbre están aquí completamente de acuerdo. Entre nosotros sucede todo lo contrario. Es gran deshonra *recibir un insulto* y no batirse: *hacerle* y batirse luego es gran caballerosidad.

Así discurrimos casi todos, y sin embargo esto no nos impide llamarnos y acaso creernos buenos cristianos. *Acaso* digo, porque a veces se me figura imposible tamaño dislate.

Tambien se dice que el desafío es necesario y bueno como medio único de castigar ciertos delitos a que no alcanza la ley, ó lo que es lo mismo, porque hay ofensas de tan delicada índole que la ley no puede vengar-

las, — ofensas impalpables hechas al *honor*, una palabra de doble sentido, una mirada insolente ó, menos que eso, *no mirar* a uno. Cierlo, pero para eso está ó debería estar la opinion pública. De otra suerte, el remedio es peor que la enfermedad. Por desgracia, la opinion pública, lejos de intervenir de una manera saludable en la solucion racional del arduo problema del honor, le embrolla hasta tal punto, que casi siempre declara un *cumplido caballero* al que juzgado por todas las leyes divinas y por muchas de las humanas, resultaría ser un cumplido tunante. ¿Cuántos de estos se pasean por las calles de París, — pongo por ejemplo, — muy persuadidos de que son hombres de honor, solo porque están prontos a matar al que ose ponerlo en duda?

Yo creo que esta rara aberracion nuestra, como tantas otras, nace de que nos formamos ideas equivocadas de casi todas las cosas, atropellando en nuestros juicios aun las nociones mas elementales del buen sentido. Así, en el caso presente, el alto concepto que todavía conserva en el mundo la barbaridad del desafío, proviene de que desconocemos completamente la esencia del verdadero *honor*, inseparable en todo caso del sentimiento moral. Proviene tambien de que reducimos a su mas mezquina y triste expresion la idea del *valor*, el cual apreciamos a la manera de los muchachos, que miran con gran respeto al que *puede* a los otros. Por regla general, no consideramos esa noble calidad del espíritu mas que en una de sus aplicaciones menos elevadas, — esto es, en su grosera aplicacion a la *lucha corporal* con otro individuo de nuestra especie. Fuera de esa aplicacion, ya en la guerra, ya en desafío formal, ya en una riña, no parece sino que el valor es letra muerta para nosotros. Acudir en auxilio de un desvalido, lanzarse a audaces tentativas útiles, luchar contra la naturaleza rebelde, por último, sobreponerse a las preocupaciones tiránicas de la sociedad, que es lo mas meritorio y a veces lo mas heroico, no es demostrar valor. Matar a un pobre diablo en desafío, eso es ser valiente, eso es ser caballero y *hombre de honor*.

III.

LA BELLEZA.

La verdadera nocion de la *Belleza* me parece generalmente poco menos desconocida que la del honor. Para la mayor parte de las gentes, lo bello es *lo que les gusta*; y como es muy comun en este mundo tener mal gusto, resulta que lo bello para muchos es sumamente feo. Yo creo que la idea de la belleza debe variar segun los países y segun las razas. Naturalmente la Venus de los negros debe ser negra, y tener la nariz muy aplastada: el Apolo de los chinos deberá parecerse poco al de los griegos. Aun limitandonos a nuestra Europa, es seguro que no todos los pueblos de que se compone tienen una misma idea de la belleza. En algunos de los que he visitado, y en el mio muy particularmente, he oido muchas veces calificar de *hermosos*, objetos y aun individuos que en mi concepto y en el de otros que valen mas que yo distan mucho de serlo. ¿De parte de quién está la razon?

Una de las cosas que en mi sentir ofuscan mas la idea de la belleza en su aplicacion a las formas del cuerpo humano, que parece la mas interesante, es la influencia nefasta de esa tirana del mundo, — *la moda*. Nada es mas comun en la sociedad que encontrar personas para quienes solo es bello *lo que se estila*: poco mas, poco menos, todos participamos algo de esta flaqueza. El último figurin es el Apolo ó la Venus de nuestra sociedad moderna: los del año 1820, que hoy nos parecen tan ridículos, representaban igualmente sin duda la belleza suma a los ojos de sus contemporáneos. ¿Deduciremos de aquí que la belleza humana es cosa esencialmente variable y de ningun modo sujeta a reglas fijas? Nada menos que eso. La *estética* es una ciencia y los principios de las ciencias no varían. Antes de que el alemán Baumgarten diese este nombre a la que trata de *lo bello* y de los sentimientos que despierta en nuestra alma, lo bello existía, existían esos sentimientos que su contemplacion inspira en las organizaciones *capaces de sentirlo*.

En esto último está el ítem de la dificultad. La belleza, como la fe, solo están al alcance de los elegidos. Su sentimiento supone una especie de *gracia*.

Definir bien la belleza me parece cosa imposible: los mas grandes filósofos antiguos y modernos lo han intentado vanamente. Sus mas célebres definiciones son u oscuras ó notoriamente falsas. Platón la llama *un reflejo del idealismo*, — el *resplandor de la verdad*, lo cual no se entiende (yo a lo menos no lo entiendo) y viene a concluir que es como una reminiscencia de la belleza suprema contemplada por el alma en una vida anterior. Esto es muy poético, pero me temo mucho que ha de ser mas que dudoso. Aristóteles la ve *en el orden y la armonía de las partes*: Leibnitz y el referido Baumgarten, en la *perfeccion*, ó lo que es lo mismo, en ninguna parte, pues sabido es que por desgracia, la perfeccion no es de este mundo. Además, lo que a unos parece *excelente* (que eso sin duda quiere significar *perfecto* en la mente de aquellos filósofos) a otros les parece muy malo, de modo que viene a sustituirse una dificultad ó una oscuridad con otra. Tanto valdría decir que la belleza es la belleza. Otros en fin la ven en *la unidad unida a la variedad*.

« Per troppo variar natura e bella! »

dice el Ariosto; pero no consiste todo en *variar*: es preciso que las variaciones no vayan de mal a peor, y de

estas hay muchas en la naturaleza, sea dicho de paso.

En la cabal *aptitud* de las cosas para llenar su objeto, y hasta en la *utilidad*, han visto algunos la belleza, opinion que creo de todo punto insostenible. El ilustre filósofo moderno Jouffroy la hace consistir en la *expresion*, en la manifestacion de lo invisible por medio de lo visible, ó sea de los sentimientos del alma por medio de las formas exteriores.

Todo esto me parece muy vago, muy metafísico. En vez de empeñarse en el vano afán de definir la belleza por el método positivo, que no logra darnos de ella la menor idea, los filósofos deberían mas bien darnosla a conocer por un método negativo, enseñándonos cuáles son las cualidades que *necesariamente* la excluyen de cualquier objeto, cosa ó persona. La *armonía* y *proporcion* de las partes son sin duda necesarias a la belleza, pero no la constituyen por sí solas: dígame pues que sin esa armonía y proporción no hay belleza posible; y ya aquí tenemos una regla fija, aunque incompleta. La *sencillez* es otra condicion de toda belleza, pero no todo lo que es sencillo, es bello: un cuadrado, un punto, no lo son; pero con sentar por principio que donde no hay sencillez no hay belleza posible, ya tenemos otra regla segura, en virtud de la cual queda excluido de la categoría de lo bello todo objeto en que aparezca una complicacion inútil: — inútil para el fin a que se destina, — claro está, — pues la sencillez, como la utilidad, son ideas esencialmente relativas. De este modo puede irse estrechando indefinidamente el círculo de las exclusiones ó si se quiere de las afirmaciones, para venir a parar a una idea bastante aproximada de la belleza verdadera. Reducirla a fórmula me parece imposible.

Es muy comun en sociedad confundir lo bello con lo bonito: son sin embargo dos ideas muy distintas, tan distintas como la de lo grande y lo grandioso, que tambien suelen confundirse. Para que haya grandiosidad es indispensable que haya belleza: un objeto muy bonito puede no ser bello. Las virgenes de Rafael, las estatuas de Miguel Angel, que son muy bellas, no tienen nada de bonitas.

Estas son cosas que se sienten mejor que se explican, — es decir, son cuestiones de buen sentido. Por eso mismo están todavía rodeadas de tanta oscuridad: el buen sentido, que los franceses llaman *comun*, es una de las cosas menos comunes que hay en el mundo.

Por regla general, — regla que podrá fallar a lo mas de cada cien casos en uno, — lo bello es lo contrario de lo que se estila. *Belleza* y *moda* son dos ideas inconciliables, que se excluyen radicalmente, como paz y guerra, luz y sombra. La primera significa fijeza; la segunda, variedad. Para que esta fuese bella, seria preciso que se fijase, es decir, que *dejase de ser*. Los objetos de moda pueden alguna vez en rigor ser bonitos, pero solo mientras dura la moda; pasada esta, son necesariamente ridiculos para todos, sin perjuicio de haberlo sido tambien antes, en la mayor parte de los casos, para toda persona de buen sentido.

IV.

EL CREDITO.

El Crédito pudiera definirse así: — Es una cosa que se tiene siempre que no se necesita, y que nunca ó casi nunca se tiene, cuando hace falta. — Hablo del crédito en su acepcion mercantil, que consiste en la facultad que unos disfrutan y otros no de encontrar dinero prestado. ¿Quiénes disfrutan de esta facultad? Los ricos, es decir, los que no lo necesitan. ¿Quiénes no disfrutan de ella? Los pobres, es decir, aquellos a quienes hace falta.

Esta es la regla general. A mas de los ricos, tienen crédito tambien los que pasan por serlo, aunque no lo sean, por manera que el crédito en este caso, frecuentísimo en el mundo, estriba en una ficción. *Se tiene* crédito cabalmente porque se ha conseguido hacer creer que no se necesita; y apurando un poco el silogismo, podría añadirse que *se tiene* cabalmente porque *no se debe tener*, — porque no es merecido.

Pasa por verdad constante que el crédito que uno disfruta está en proporción de la confianza que inspira. Lo creo inexacto. La diferencia entre el crédito que se tiene y la confianza que se inspira, consiste en que esta es verdad y aquel es ó puede ser mentira. El crédito estriba en una cualidad transitoria, acaso aparente, que se nos atribuye, cual es la *riqueza*: la confianza nace de las buenas prendas morales que se reconocen en nosotros.

Ningun pobre tiene crédito: muchos inspiran confianza. Con los ricos suele suceder al revés.

La confianza puede quedar frustrada y lo queda en efecto muchas veces, pero al cabo es una base racional en que podemos apoyar nuestros actos, porque la concedemos ó la negamos con pleno convencimiento de causa: se funda en cualidades inherentes a la persona que nos la inspira. Un hombre, de quien sabemos que es honrado, leal, consecuente, no se vuelve picaro de la noche a la mañana. No así el crédito, cuya base es, como he dicho, la riqueza que atribuimos, acaso equivocadamente, a aquel a quien se le concedemos. Aunque realmente la tenga, puede perderla en un momento, cuando menos se piensa.

De aquí resulta que el crédito, en su esencia, es una ficción, una de tantas mentiras sociales como sirven de fundamento al orden de cosas establecido, lo cual no impide que sea tambien una grande institucion, una poderosísima *palanca*, segun la frase corriente, y que

con él y por él se realicen maravillas. La sociedad moderna le debe sus mayores adelantos.

Si fuéramos analizando así otras muchas instituciones, que dan igualmente magníficos resultados, veríamos claro como la luz que la sociedad descansa y vive sobre una multitud de mentiras cuyo secreto se descubrirá el día de la gran liquidación, día que no está lejano, según Donoso Cortés. Ese será el quinto y último acto de la comedia social, fin de los enredos y principio de los castigos.

V.

LA NATURALEZA Y EL ARTE.

La Naturaleza aislada y el Arte puro me disgustan igualmente: solo me gusta la naturaleza modificada — no me atrevo a decir *mejorada* — por el arte, ó lo que es lo mismo, el arte fundado en la naturaleza. Lo que llaman los franceses *faire de l'art pour l'art*, que es lo que llamo el *arte puro*, por no encontrar medio mejor de expresar esa idea, me parece una inocentada: es perder el tiempo.

Practican el arte puro los que labran una bonita fragata con un hueso de aceituna, — los que escriben una página ó dos sin que entre en ellas una letra dada, — los compositores cuya música, ajustada á todas las reglas de la composición, no es mas que ruido y nada dice al alma, etc., etc., etc.

En realidad de verdad, el *arte puro* no existe por sí, con entera independencia de la naturaleza: esa expresión no es mas que una manera de decir. El arte ha de aplicarse siempre á algo, y ese *algo* tiene que ser la naturaleza representada en cualquier objeto material sacado de ella. El arte es una idea, la naturaleza es una cosa, que puede existir por sí, completamente aislada é independiente de todo arte, y así la vemos en efecto muchas veces.

Admirable, sublime en las regiones insondables del mundo sideral, donde solo podemos juzgarla con la imaginación, y á donde nuestra admiración se levanta en alas de la fe, confieso que no me gusta mucho aquí en esta tierra sub lunar, donde la vemos de cerca y la tocamos con la mano. Nuestro planeta debe ser el mas feo de todos, — pensando piadosamente.

Comprendo que otros se extasien con las llamadas *bellezas naturales*, pero siento no compartir sus éxtasis. Como nunca he salido de Europa, no he visto ninguna selva virgen, ninguna de esas inmensas cordilleras jamás holladas por planta humana que los exploradores de las incultas soledades de América y Asia nos describen con tan vivos colores: aun tomando sus descripciones al pie de la letra y sus dichos por artículos de fe, estoy seguro, segurísimo de que no me habian de gustar. No hay selva virgen, tal cual yo me las figuro, á que no prefiera con mucho un parque inglés, de esos en que el arte está tan disimulado y oculto que parece confundirse con la naturaleza. Aun los mismos jardines llamados franceses que tienen el grandísimo defecto, para mí, de descubrir demasiado el arte, desfigurando y mutilando impiamente las obras de la naturaleza, me parecen muy preferibles á las selvas vírgenes; á lo menos son *inofensivos*. Podrán hacernos sonreír, pero no nos hacen llorar: ofenden el buen gusto, pero no dan asilo en sus simétricas espesuras á serpientes, jaguares, insectos venenosos, precipicios ocultos, vapores melfíticos, sombras mortales y tantas y tantas otras lindezas semejantes, acompañamiento obligado de las hermosas selvas vírgenes. — ¡Terrible virginidad!

Por este estilo es la de todos los objetos *naturales*, tan ponderados por los que tienen la costumbre de discurrir poco. Desde luego, hay una falsedad evidente en esa expresión *naturales*: de una manera absoluta, lo son pocos, poquitos entre aquellos á que se aplica, por contraposición á otros que lo son todavía menos. Nada es mas común que esta frase: — Me gustan los *vinos naturales*. — Locución viciosa, ó mas bien, idea falsa. No los hay: la naturaleza sola no da vinos; los da el arte combinado con ella.

La mayor parte de los frutos que nos tiende con mano pródiga serian incombibles si el arte no los mejorara. Aquí ya no titubeo en decir *mejorar*. Todo el trigo natural de la tierra no bastaría á alimentar una de nuestras provincias.

Esto sucede ¿á qué negarlo? con respecto á su *utilidad*: lo mismo creo que sucede con respecto á su *delectada belleza*. O no existe, ó es tan *natural* como los vinos antes citados. — Casi todos los que dicen que gustan del campo porque aman la naturaleza, lo que realmente aman es el *arte* con que los hombres van logrando poco á poco y á fuerza de afanes vencer sus esquivas bravías...

VI.

LA CAZA.

La Caza y sus aficionados me han inspirado siempre pocas simpatías y lo siento, porque tengo muchos amigos cazadores; pero aun mas que de ellos, soy amigo de la verdad, y debo decirlo como la entiendo.

La afición á cazar se me figura una variedad ó si se quiere una desviación del mal instinto destructor, de donde arrancan todas las violencias y, entre ellas, el homicidio; — una especie de *pis-aller*, como dicen los franceses, á que se recurre á falta de cosa mejor. Se sale á matar perdices y conejos porque... al cabo es matar...

Suele alegarse por razon plausible de esa afición la

necesidad para el hombre de proveerse de alimentos adecuados á su constitución, eminentemente carnívora. Mala razon, ó mejor dicho, mal pretexto. Esa necesidad probara solo que es preciso que algunos cacen, pero no que la caza sea un placer racional, á la manera que es preciso, por desgracia, que haya en el mundo poceros, matarifes, verdugos, etc. ¿Qué diríamos del hombre que ejerciese por afición natural estas y otras profesiones análogas, so pretexto de que son una necesidad? De los que se dedicasen á la primera, diríamos que eran no muy limpios; á los que eligiesen las otras los llamaríamos crueles. De los cazadores nada quiero preguntar, porque ya he dicho que tengo entre ellos muchos amigos.

Al mismo nivel que la de la caza pongo yo la afición á las luchas sangrientas de animales, y especialmente á las riñas de gallos, aunque doy con mucho la preferencia á la primera en que á lo menos hay cierta nobleza, ya por el ingenio de que es preciso hacer muestra, ya por el peligro que se corre. ¡Pero las riñas de gallos!... No conozco afición mas tontamente cruel.

Esto me recuerda que hace pocos años se estableció en Madrid con cierto aparato un *circo gallístico*, fundado por varios sugetos que no son tontos ni crueles. Digo de esto lo que de otras muchas cosas que estoy viendo todos los días: no lo entiendo.

VII.

EL DOLOR.

El Dolor es de dos maneras, físico y moral, á que puede unirse, y en la practica se une casi siempre, una tercera, compuesta de aquellas dos. Este es el dolor completo, — el verdadero *dolor*, — fin supremo para que parece haber sido puesto el hombre en este valle de lágrimas.

Como para significar esta grande y terrible verdad, Jesucristo, el HOMBRE por excelencia, lloró muchas veces y no se rió ninguna.

El dolor rodea al hombre en esta miserable tierra como un tercer océano. Al océano de agua (la mar), al océano de aire (la atmósfera), hay que añadir el tremendo océano del dolor que por todas partes nos circunda, y que ni un punto se aparta de nosotros en nuestra triste peregrinación desde la cuna al sepulcro. Llorando nacemos, en señal de que el dolor nos recibe, al nacer, en sus duros brazos; llorando y padeciendo vivimos. Envuelta en amargos dolores nos viene la muerte, — dolores del cuerpo y del alma, cuya extensión y naturaleza no conoce bien ningún vivo, pero que á juzgar por las ansias que de ordinario los acompañan, deben ser espantosos...

La existencia del dolor me parece el mas oscuro de los problemas que ofrece á nuestra razon el espectáculo de la naturaleza. Estoy por decir que es mas que un misterio, ó si se quiere, que es un misterio de una especie particular. Todos los demás, impenetrables sin duda para los ojos de nuestro entendimiento, están *encima* de nuestra flaca razon, pero ninguno, fuera de ese, está en abierta contradicción con ella; ninguno, fuera de ese, parece contradecir las cualidades esenciales, que la razon, de acuerdo con la fe, reconoce en el supremo Hacedor, *Padre comun* de todas las criaturas. Si se me permite expresarme así, todos los misterios, fuera de ese, son, en cuanto podemos juzgar, ó inofensivos ó benéficos en sus aplicaciones á las cosas mundanas; quiero decir, ó no los entendemos, *no alcanzamos pura y simplemente* su acción misteriosa sobre nosotros, ó experimentamos sus efectos en saludables y dulces consuelos, en esperanzas hermosas para lo futuro desconocido, en altos estímulos para lo presente que nos realzan á nuestros propios ojos.

Pero el dolor, ¡Dios mío!... Quiero copiar aquí unas pocas palabras de un ilustre filósofo moderno: — « El dolor ¡ay! cosa horrible y cruel, el dolor, que llena el mundo de lágrimas y gemidos, ¿no pudiera excusarse? ¿Tan útil, tan necesario era por ventura prodigarlo de la manera que lo vemos prodigado por todas partes? » (MICHELET. — *L'Oiseau*.)

En esa *prodigalidad* veo yo el misterio terrible, no en el dolor mismo, cuya bondad y cuya necesidad, superiores ciertamente á nuestro entendimiento, no contradicen sus luces naturales. Hay mas: *dentro de cierta medida*, ¿quién duda que el dolor es bueno? ¿que es necesario? Su acción sobre el alma humana puede compararse á la del arado sobre la tierra, que de estéril la torna fecunda; pero fuera de aquella *medida* que antes dije, será un bien sin duda, pues Dios lo envía, pero ¡cuan diferente de todos los demás!... ¡cuan oscuro! Libranos, Señor, de semejante bien.

Dejo este tema inagotable y paso para concluir á otro menos triste.

VIII.

LA AMABILIDAD.

La Amabilidad es la moneda falsa de la Bondad. Ponemos un ejemplo.

Un hombre *amable* dará la mano á una señora para hacerla pasar desde su sofá al piano, ó le presentará el brazo derecho muy arqueado para bajar unos cuantos escalones, que un niño de tres años podría bajar solo sin cuidado; y se precipitará mas ó menos y le fallará tiempo para adelantarse á los demás en tal inútil servicio, según sea mayor ó menor el grado de su amabilidad; pero, *si no es mas que amable*, cuando vea á esa misma señora en un verdadero peligro del cual pudiera

tal vez sacarla con su auxilio, estará en su derecho alejándose de ella sin pudor: ni aun siquiera necesitará hacerse el distraído. Su oficio de *hombre amable* no le obliga á mas.

Un hombre bondadoso ó *bueno*, pero que no es mas que bueno, hara exactamente lo contrario: no se precipitará á dar la mano, ni la dará tal vez, pero se podrá contar con él en un trance apurado. ¿Quién duda que esto vale mas que lo otro? Convengamos sin embargo en que la bondad recibe todo su realce cuando va acompañada de la *amabilidad*.

EUGENIO DE OCHOA.

Aventuras póstumas de Paganini.

El público posee escasas noticias acerca de los últimos años de Paganini. La siguiente relación recogida en Niza, donde murió el ilustre artista, sera de mucha utilidad á los biógrafos, siendo de advertir que todo en ella es auténtico y procede de conductos fidedignos.

De paso echaremos una ojeada retrospectiva sobre algunas particularidades ignoradas de la vida de Paganini.

I.

Paganini pertenecía á esa categoría de genios predestinados que se revelan desde la infancia. Su profesor fué Rolla, violinista de gran reputación en toda la Italia, quien al notar en su joven alumno un talento extraordinario, renunció á darle lecciones, despues que le hubo enseñado los principios del arte, diciendo que el muchacho sabia ya mas que el maestro.

No hay una palabra de verdad en las historias que han circulado relativamente á su educación musical. Jamás mató á nadie el pobre hombre; nunca pasó veinte y cuatro horas en una cárcel, ni se vió acometido por los remordimientos, ni mantuvo ningún comercio clandestino con las potencias infernales, pues siempre fué buen católico. Aprendió á tocar el violín como otro cualquiera; únicamente tocó algo mejor que un cualquiera.

Cuando se dió á conocer en Paris estaba atacado ya del mal que debia conducirle al sepulcro. Su período mas brillante fué de 1815 á 1817; entonces hacia las delicias de sus compatriotas los genoveses, y su nombre andaba ya en todas las bocas. Vivía como un verdadero artista, ocupando una guardilla en una oscura casa de una de las calles mas sombrías de Génova. Era pobre, y el amor y el juego disputaban su tiempo y su corazón al dios de la música. Sin embargo, no se mostraba tan avaro de su talento como despues, y prodigaba su violín con mucha alegría de sus compatriotas, en los conciertos, en los espléndidos salones de la aristocracia, y hasta en las calles, según el uso italiano.

Habia entonces en Génova otro artista de mucho talento, Palliare Lea, hijo de Niza, amigo de Paganini que no queria otro acompañante que él. ¡Cuantas veces los dos amigos tocaron de noche en las callejuelas de Génova, el uno su fantástico violín, el otro su delicioso violoncelo ó su guitarra! Juntos se iban así por las enrejadas de la ciudad de marmol improvisando preciosos duos bajo los balcones de las bellas marquesas, hechizando á los vecinos y cautivando á las patrullas enternecidas. Cuando los ejecutantes tenían mucho calor entraban en la primera taberna que estaba abierta aun, y refrescaban lo mismo que los artistas del tiempo de Benvenuto Cellini.

Una tarde un alto personaje pidió á Paganini que die- ra una serenata á una señora. Paganini se fué al lugar indicado con Lea, que habia de desempeñar la parte de guitarra, y con Zefirino, un buen violinista napolitano. Antes de empezar, sus dos amigos vieron que se ataba á la mano derecha un cortaplumas abierto.

¿Qué es lo que iba á hacer? Se lo preguntan y no responde.

Principian, y de repente en medio de un brillante prelude, oyen una cuerda que se rompe.

— Es la humedad de la noche, dice Paganini.

Despues desaparece otra cuerda y luego otra.

— Esto ya no se puede aguantar, exclama el artista; ¿qué voy á hacer con una sola cuerda?

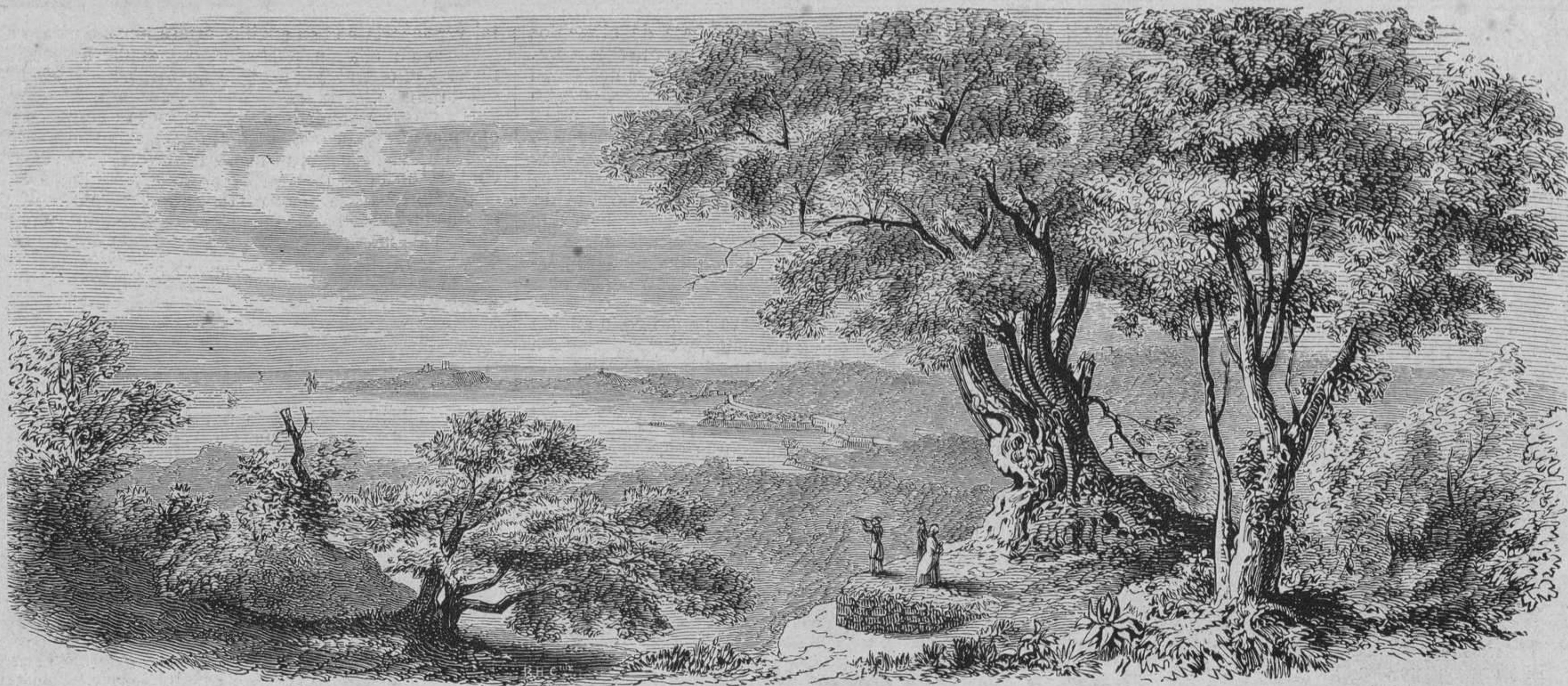
El galán que vigilaba á sus músicos tiembla por el fin de su serenata. ¿Cómo saldrá Paganini de aquel apuro?

Pero hé ahí que se sonrie y ejecuta sobre aquella única cuerda con un brio sin igual, lo que acababa de tocar sobre las otras tres.

Facil es adivinar que la humedad no tenia parte alguna en la desgracia, y que todo habia sido obra del cortaplumas.

Con estas niñerías Paganini daba principio al sistema de excentricidades que ha dado á su talento un carácter tan extraño. Por lo demás, estas cosas son muy italianas. Al fin de un concierto en Génova dió las *buenas noches* al auditorio con su violín de un modo tan claro, que todo el mundo le comprendió y le respondió: *buona sera!*

Tenia su dosis de orgullo como muchos grandes artistas, y vivía en la persuasión de que en Paris algun rival le haria asesinar por envidia. Así es que no queria visitar la capital de la Francia, y solo le decidió á venir á ella la idea de que podría completar su fortuna, que era ya regular. En Inglaterra tuvo tambien terrores que dan una idea singular de su valor; una noche, en medio de un brillante concierto, un respetable ciudadano



La punta de Santo Hospicio en Niza.

de Londres se levantó de repente, é interrumpiendo al violonista dirigió al público estupefacto el siguiente discurso:

« Señores; ¿no os da vergüenza pagar una guinea para venir á oír á un miserable músico, á un saltimbanco cuyo mérito consiste en sacar sonidos de una albarea guarnecida con tripas [de gato? ¿No podeis emplear mejor vuestro dinero? ¿No valdria mas darselo á los pobres? Mirad bien á ese charlatan que se parece al diablo; ¿no veis que se rie de vuestra necesidad llevándose las guineas? Sois unos tontos. »

No habia terminado aun su speech *ab irato* el excéntrico gentleman, cuando Paganini espantado hasta lo sumo y creyéndose ya en manos de asesinos, habia salido del salon y tomaba el camino de Manchester.

En otra ciudad de Inglaterra creyó tambien en una conspiracion de asesinato contra su persona y huyó con igual furia; ¡triste enfermedad la de un orgullo semejante!

Si provocó envidias que le causaron un miedo pueril, tambien excitó pasiones que eran mas de su agrado. A su marcha de Inglaterra fué seguido por una jóven miss que no queria abandonarle nunca. En un pueblecillo de los antiguos ducados italianos fué el favorito de una princesa de sangre imperial. Los periódicos contaron la aventura de miss Carolina W..., aquella jóven americana que dejó á su padre por seguir al violinista. Paganini ofreció casarse con ella; pero él estaba entonces en Europa y la heroina de la novela en Nueva York. La distancia resolvió la cuestion, y el artista se quedó soltero. En suma, sus victimas fueron numerosas, y siempre las abandonó muy sereno.

Era caprichoso y á veces muy extraño. Hé aquí lo que le sucedió en Parma:

Hallándose en esta ciudad un dia que la gran duquesa Maria Luisa, viuda de Napoleon, daba una fiesta, escribió al gran chambelan ofreciéndole tocar en el concierto anunciado para aquella noche; pero apenas habia enviado su carta, cuando obedeciendo á un capricho repenti-



Una calle en Villafranca.

no, declaró que no tocaria y que al punto se pondria en camino. El chambelan le pide que se presente á explicarse, observándole que si un compromiso con un particular es cosa seria, lo es tambien cuando se trata de un príncipe.

El maestro insiste por marcharse al instante suponiendo no sé qué negocio urgente que le llama á Milan ó á Turin; pero el funcionario recurre á la amenaza, lo que era un argumento sin réplica para Paganini, y gana su causa: el artista tocará como habia prometido.

Principia el concierto. El traje de córte ó el uniforme era de rigor. Despues de esperar un cuarto de hora asoma Paganini con una casaca á la francesa de terciopelo azul celeste con botones de acero; un largo chaleco de ramajes disimulaba del todo la vacuidad del vientre; un calzon corto de raso blanco, alquilado como lo restante del traje en casa de un ropavejero, se pegaba indiscretamente á sus delgados muslos; unas medias blancas de seda sumamente anchas se plegaban sobre sus descarnadas pantorrillas dibujando caprichosos arabescos, y por último, unos zapatos de aguador con unas hebillas atravesadas completaban su estrambótico atavío.

Al aspecto de tan ridículo personaje hubo una risa general que creció de punto al notar el adorno de su pecho, donde colgaban las innumerables condecoraciones y joyas que habia recibido en regalos, ya de soberanos, ya de personas de distincion; era aquello un monton de cruces, de emblemas de todas formas y dimensiones, estrellas, sortijas, alfileres, broches, pájaros, peces, violines en miniatura, liras, arpas, arcos diminutos, y todo esto de oro, plata ó platina, colgajos que se agitaban al menor movimiento, produciendo un ruido que aumentaba la alegre sorpresa de los espectadores. Por fin la hilaridad se calmó; el gran artista comenzó á tocar, y como de costumbre, estuvo sublime.

Cuando llegó al apogeo de su talento no imitó á tantos artistas, que no teniendo ya nada que aprender, se limitan á especular con su talento. Paganini trabajaba siempre, no en el



Villafranca, vista del fondo del puerto.



Olivos en Villafranca.

camino trillado, sino fuera de la via que habia recorrido hasta entonces. La necesidad de crear, de hallar algo nuevo le mantenía en continuos estudios. Pero salvo sus ejercicios de paciencia en este sentido, dejaba dormir su Guarnerius. Nunca estudiaba cuartetos, y ni siquiera trabajaba ya las piezas que debía tocar en público, limitándose al ensayo con orquesta. Uno de mis amigos, M. Hauser, pintor de mérito, ha vivido tres años á su lado en una ciudad de Alemania, y á menudo le oía tomar su violin en medio de la noche para arrancar de él hasta por la mañana los mas raros sonidos. De dia, silencio completo.

Sabido es que tocaba con un arco roto y gobernado con un hilo; no queria reemplazarle.

En 1836 el conde de Cessole, un personaje de Niza y buen violinista, pasó á Turin sin otra idea que la de ponerse en relacion con Paganini. Le encontró enfermo y muy desanimado, y le aconsejó que fuese á dar conciertos en Niza, donde la afluencia de extranje-



El baron Paganini despues de su muerte, ocurrida el 27 de mayo de 1840.

ros en el invierno le prometia buenas entradas. Un mes despues llegó á Niza en efecto, y su amigo Lea se apresuró á ofrecerle una generosa hospitalidad que él aceptó.

A pesar de su impaciencia y sus súplicas, el conde de Cessole no pudo conseguir que en los primeros quince dias tocase ni siquiera unas cuantas notas. Pero una mañana que Paganini estaba de buen humor, le vió por fin abrir su caja, mientras le decia:

—Sentaos y escuchadme.

« Lo que entonces oí, me decia el conde, no puede explicarse; me parecia imposible que la mano del hombre pudiera producirlo. Improvisaba cánticos celestiales, inefables armonias. »

Tocó un gran rato, pues cuando estaba inspirado no lo dejaba facilmente.

Por las instancias de Lea se decidió á dar varios conciertos que llegaron hasta trece, número notable si se considera que en ellos se tocaban piezas concertantes. Su ejecucion era admirable siempre, aunque sin embargo, preciso es advertir que el género clásico



Traslacion del cuerpo de Paganini en la noche del 15 de agosto de 1843.

no estaba en la naturaleza romántica de su talento. Entonces se declaró entusiasta de Gluck y se prosternó ante la ciencia de Spohr.

Tres meses pasó en Niza, de donde salió para Marsella. Ya su salud estaba profundamente alterada, y no se veía en él sino la sombra de lo que había sido. Sin embargo, su talento no había perdido nada.

Permaneció en Marsella algunos meses, durante los cuales M. Brun, que le tenía en su casa, notario y aficionado a música, le oyó a veces varios cuartetos. En su cuarto jamás tomaba su instrumento para trabajar ni para improvisar. Hacía algunos años, como he apuntado ya, que se aplicaba exclusivamente a encontrar efectos nuevos. En Marsella un testigo indiscreto le sorprendió en medio de sus fantásticos estudios. Ernst, el célebre violinista, siguió por todas partes a Paganini: en cuanto sabía que estaba en una ciudad, llegaba, se instalaba en el cuarto contiguo al del maestro y prestaba el oído. Ernst no dejó de acudir a Marsella: pero no pudiendo esta vez hospedarse a su lado, suplicó a Lea que vivía también en casa de Brun, que le permitiera pasar algunas noches en su aposento. Lea le afirmó que era inútil, pero él insistió y obtuvo fácilmente el favor que solicitaba. A eso de las once de la noche, hora en que se retiraba Paganini, Ernst se hallaba en su puesto. Aplica el oído al agujero de la llave y espera; ¡oh felicidad! oye el violín; hé aquí sin duda alguna armonía divina. Pero ¡ay! nuestro curioso no pudo oír más que sonidos extraños, ruidos estridentes. Ernst no tardó en comprender el fin de estos extraños ejercicios: Paganini apretaba el arco sobre la cuarta cuerda, hacía rechinar las crines, y de estos esfuerzos resultaban gruñidos, maullidos increíbles; era evidente que quería obtener del *sol* en el vacío un sonido más bajo que el que produce naturalmente la cuerda. Ernst volvió todas noches durante una semana sin descubrir nada nuevo; entonces se dio por satisfecho de aquellos gruñidos diabólicos. Se puede decir que Paganini ha pasado el último período de su existencia queriendo encontrar lo imposible.

Sus fuerzas se agotaban de día en día, y veía llegar el momento en que ya no podría tocar en público. Sin embargo, aun tuvo bastante vigor para dar dos conciertos en Turín a beneficio de los pobres. En esta ocasión se hizo pagar por el ministro que le había llamado, sus gastos de permanencia, que se elevaban a unos doce pesos.

Aquí se despidió del público.

II.

En noviembre de 1839, el conde de Cessole recibió una carta de Paganini que le anunciaba su próximo regreso a Niza, donde se proponía pasar el invierno. Cuando llegó estaba tan débil, que hubo que llevarle al aposento que debía ocupar en el tercer piso de una antigua casa situada en la esquina de la calle del Gobierno, y de la que conduce a la catedral. Estaba casi cadavérico. Su magrura espantaba. La laringe destruida apenas funcionaba ya; y los débiles sonidos que salían de ella, en lugar de pasar por la boca subían a las fosas nasales. Para que le oyeran se pellizcaba las narices, y así la voz tenía que tomar el camino de los labios; prestando bien el oído lograban oír algunos ruidos mal articulados.

Sin embargo, no recelaba el peligro de su situación; hablaba sin cesar al conde de Cessole de sus futuros viajes por Rusia y América, donde se prometía una rica cosecha de rublos y de doblones. Mostraba con alegría infantil una carta en la cual le anunciaba un especulador, que iba a mandar construir en los Estados Unidos un salón con capacidad para diez mil personas, y que destinaria especialmente a sus conciertos.

Era una ruina, un moribundo, un fantasma; pero el fuego sagrado ardió en él hasta el último instante de su vida.

Habiase rodeado de instrumentos de cuerda de toda especie; violines por docenas, altos, violoncelos, todos preciosos, todos dignos de figurar en las manos más ilustres. Quería morir en medio de esos fieles compañeros de su gloria que le recordaban sus más vivos y más puros gozos. A veces pedía su instrumento de predilección, y entonces olvidando su estado, hacía oír acentos sublimes. La contenida emoción que le poseía durante aquellos instantes de exaltación musical, debía gastar los últimos resortes de su organización. Se divertía como un niño: un día dos personas se hallaban en un cuarto contiguo al que ocupaba el maestro, cuando se oye de repente una violenta pendencia entre un perro y un gato. Paganini tenía en efecto un perro, y una mujer que vivía en el piso de encima poseía una gata gruñona, de modo que eran los dos vecinos quienes daban la batalla. Corren a separarlos, los buscan, pero no los distinguen, y en su lugar ven a Paganini que oculta maliciosamente su violín y se vuelve a su sillón riéndose de los engañados.

El conde de Cessole le veía todos los días, y entrambos pasaban el tiempo probando los muchos violines de que he hablado ya. Paganini hacía de profesor por primera vez en su vida, e iniciaba a su alumno en secretos que solo él poseía.

Una vez quiso templan el violín del conde y en esto pasó siete u ocho horas, y cuando el conde volvió le halló improvisando cantos y variaciones sin fin. Tenía el rostro encendido, el cabello en desorden; no reparó en su alumno y continuó tocando, pero en breve vencido por la fatiga cayó desmayado en su sillón.

En los últimos tiempos tocaba con más gusto la guitarra, pero era solo para probar la música que componía. Algunos días antes de su muerte, el conde descubrió sobre su mesa una hoja de papel pautado que había cubierto de pensamientos musicales.

Cuando su alumno no tocaba a su gusto un canto cualquiera, le arrancaba el violín, y apoyando el codo izquierdo en un mueble, indicaba cómo se había de vencer la dificultad de que se trataba.

El conde de Cessole no fué su único alumno, sino que dió lecciones también a su compatriota Sivori, que había ido a Niza para suplicarle que le enseñara su manera.

Ni en el abandono ni en la generosidad era un artista. Todo el mundo conoció su avaricia. En Marsella como en París se negó a tocar a beneficio de los pobres, lo que le valió las amenazas del populacho.

A esta acusación de avaricia han respondido con el regalo de 20,000 francos que hizo a Berlioz; pero esto es ignorar que Paganini no hizo en esta ocasión más que prestar su nombre; una persona a quien había favorecido M. Berlioz, no sabiendo cómo obligarle a aceptar un regalo, tuvo la idea de mandarle 20,000 francos en nombre de Paganini. Este se prestó gustoso a una superchería que le hacía pasar por generoso, y el ilustre compositor acogió sin escrúpulo una ofrenda que sin duda habría rechazado si hubiese sido presentada por otra mano.

La pasión del oro parecía más exaltada aun en Paganini en el momento en que iba a separarse de los tesoros conquistados por su arco y amontonados por su avaricia. En Niza vivía pobremente siendo millonario. No quería que le viera ningún médico; regateaba con el boticario, y cuando le parecía caro un medicamento no tomaba más que la mitad ó la tercera parte.

Sufría que un criado insolente le prodigara injurias y humillaciones, pues para despedirle habría tenido que pagarle el viaje a Francia, y no podía decidirse a hacer ese gasto.

Cuando dió sus conciertos en Niza, mandó hacer una caja nueva para recibir los billetes a la puerta del teatro, pues con la que servía ordinariamente habría temido que le quitaran algunos.

¡Extraña contradicción en un artista! Diríase que la avaricia no debería encontrar puesto en esas ricas y nobles organizaciones, donde se hallan más bien el desinterés y la prodigalidad. Por lo demás, no es Paganini el único fenómeno de este género; sabido es que Rembrandt adolecía también de esa sórdida pasión. Se citan varios rasgos que prueban que el gran pintor llevaba esta manía hasta el punto de faltar a la delicadeza. Seguramente no se puede decir lo mismo del maestro genovés, pero los dos artistas tienen tantos puntos de semejanza, que no he querido perder la ocasión de señalar esta analogía.

Paganini murió sobre las armas, esto es, con el violín en la mano; ocho días antes de la catástrofe dió una larga lección al conde de Cessole. Habiale suplicado que le proporcione los duos de Viotti que quería tocar con él, pero llegaron demasiado tarde...

III.

Hacia tres días que Paganini estaba en la cama perdiendo sus fuerzas sin padecer.

El 27 de mayo de 1840 a las cinco de la tarde, espiró apaciblemente, y en el momento en que principiaba su comida.

Habia nacido en Génova en 1784, y hasta el fin había conservado una fuerza de carácter y una energía dignas de un corazón más grande. Nunca se le oyó quejarse, ni manifestar un sentimiento.

¿De qué enfermedad murió? No tosía ni padecía sino por intervalos, y sin embargo, se consumía poco a poco devorado por un mal implacable. Los médicos llaman a esto consunción; pero aquellos que poseen el secreto de la vida de los grandes artistas dirán que murió de su genio. El trabajo, las largas veladas, la ambición, las emociones de sus triunfos, las inquietudes del porvenir, que a veces hace expiar tan cruelmente la popularidad de la vispera, era lo bastante para aniquilar a una organización nerviosa y delicada. Sin embargo, lo que le acabó fué el dios que había tomado posesión de su alma, el fuego sagrado de que he hablado antes. El público al escuchar sus deliciosos acordes se figuraba no tener delante más que una máquina maravillosa; solo veía sus dedos ágiles y un brazo que hacía mover un arco inteligente. Ignoraba la turbación, la exaltación íntima que agitaban aquel cuerpo delgado cuando su dócil instrumento traducía su idea en acentos apasionados. Únicamente aquellos que han estudiado el rostro del ilustre genovés cuando ejecutaba algún canto melancólico, ó un *andante* de Mozart, adivinaban la presencia del genio que devoraba su alma.

No se conocen las emociones que agitan a los grandes artistas cuando se hallan bajo el imperio de la inspiración. Hay algunos como M. Batta, que no puede tocar una vez en público sin enfermar después del concierto. En esos días se abstiene de comer, sabiendo que volverá a su casa con calentura. Lo mismo le sucede a Listz. A Chopin le mató la música. Cuando veais a un instrumentista muy alegre después de una larga sesión musical, podeis decir que no es artista, sino un habil mecánico.

La vida de Paganini, al menos para la muchedumbre, había estado rodeada de misterio y casi marcada como su persona física con el sello de la fatalidad. Su muerte

no desmintió estos precedentes. Vivo, no se pareció a nadie, y cadáver no fué menos excepcional.

Se dijo que Paganini no había querido recibir los últimos Sacramentos, pero esto necesita explicarse; lo que hubo fué, que anunciándole de repente que debía confesarse, respondió que no se creía tan próximo a la muerte que necesitara los consuelos de la Iglesia, y que cuando llegara ese instante no dejaría de cumplir con ese deber supremo. Además experimentaba mucha dificultad en producirse para hacerse oír claramente de un confesor. Aplazó pues aquel momento, y el sacerdote creyéndole resuelto a rechazar su intervención, le negó la sepultura católica. Hasta las campanas se callaron en su muerte; el conde de Cessole y el heredero insistieron; el conde de Maistre, gobernador de la provincia y católico ferviente, unió sus instancias a las del hijo y los amigos del difunto, y el rey Carlos Alberto escribió confidencialmente al obispo para evitar un escándalo, pero todo en vano, pues el prelado se mantuvo inflexible. En la prevision de una larga lucha, hicieron embalsamar el cuerpo que colocaron sobre un tablado, después de haberle desfigurado de un modo grotesco, con un enorme cuello postizo, una corbata blanca como una sabana, y un gorro de algodón con cinta azul y un ancho lazo. Luego abrieron las puertas del cuarto mortuario, y los curiosos acudieron por todas partes a contemplar los despojos del ilustre artista. Algunos días después le pusieron en un féretro, pero la afluencia de gente crecía más y más, y todos querían ver el cadáver, por lo cual hubieron de practicar una abertura en la caja, correspondiente al sembrante, y aplicaron un cristal por el que se veían las facciones del muerto. Sin embargo, el clero de Niza incomodado con aquellos homenajes, obtuvo del gobierno la orden de recoger el cadáver que se depositó en una sala de Pas Perdus, hasta que se resolviera el pleito pendiente con la autoridad eclesiástica.

IV.

Entre los extranjeros que van a pedir a Niza en el invierno un sol más generoso que el de París, Londres ó San Petersburgo, no hay uno que no conozca Villafranca, el puerto militar de la ciudad. Cuando al cabo de veinte minutos de marcha se ha subido la cuesta que conduce a lo alto del Montboron, se descubre de repente el golfo que forma ese hermoso puerto. La estrecha península que le limita al Este, se destaca atrevidamente de la costa y remata en una punta roqueña coronada con un bonito faro. Esta península se bifurca para formar más al Levante la punta de Santo Hospicio, en cuya base está situado el puertecillo de San Juan. Esos dos apéndices dibujan sobre el azul del mar las líneas curvas ó rectas de sus bordes. A los piés del espectador Villafranca se extiende graciosamente en abanico sobre su peñón al borde de las olas. Volviéndose se distingue Niza, vasto panorama que completado con la vista del golfo de Villafranca, iguala todo lo mejor que se puede citar en punto a paisaje.

Villafranca es hoy un poblachon cuyas calles ofrecen a cada paso accidentes dignos del pincel. El camino que conduce a San Juan por la otra parte del golfo pasa más arriba del pueblecillo, y le deja a la derecha para seguir las sinuosidades de la colina que cierra el puerto en su parte setentrional, serpenteando en medio de olivos gigantes, de enormes algarrobos y de vigorosos limoneros. No hay una vegetación más abundante en las cercanías de Niza. Las granjas y las habitaciones de lujo muestran sus blancas paredes al través del follaje que las protege de los ardientes rayos del sol de verano. A sus piés y a una profundidad a veces considerable, la mar hace reflejar sus claras oleadas. Todas las cuevas hasta los peñascos del litoral se hallan cubiertas de sombra, y tendiendo la vista bajo las oscuras bóvedas formadas por las ramas inferiores, se descubren mil perspectivas a cual más bellas.

Deteniéndose en el centro de la herradura dibujada por el fondo curvilíneo del puerto, no hay más que buscar un claro entre los naranjos, y se distingue un cuadro sin igual en el mundo: el golfo se presenta en toda su longitud, y se pueden seguir las graciosas inflexiones de ese Bósforo en miniatura que se encajona en su parte mediana para ensancharse en su entrada ligeramente. En la base de la línea de la derecha esta Villafranca casi de perfil; un poco más lejos el fuerte, y más lejos aun las construcciones del arsenal marítimo y del lazareto. Siguiendo la línea de la izquierda hasta el extremo, se descubre el faro, elegante minarete que se eleva sobre su solitario peñasco. Por último, poniéndose más acá, se distingue otra vez la punta de Santo Hospicio coronada con su antigua torre circular y su bonita iglesia.

Por mi parte nunca he visto, ni aun pintado, un paisaje tan bello.

Al lazareto, cuya posición acabo de indicar, fué trasladado el cuerpo de Paganini de noche y con una escolta militar, como si se hubiese temido un rapto.

Helé ahí solo en una barca siniestra, como un apesadado ó como una mercancía sospechosa. El ruido de las olas le columpia en su sueño eterno, la borrasca silba en su derredor, y el faro de Villafranca destaca sobre su féretro su rayo luminoso. Allí está el poderoso mágico que electrizó a la muchedumbre con su instrumento, y excitó tanta admiración entre los hombres como un héroe que ha alcanzado cien victorias. Vivió para la multitud y duerme en un desierto; poseyó el secreto de la música de los ángeles y le niegan un *De Profundis*; había conquistado el Panteon y no puede obtener seis

piés de tierra; le han aplaudido y abandonan sus despojos; recorrió la Europa triunfante y ahora sufre una lúgubre cuarentena, mirando por el vidrio de su féretro. Ha venido á ser un objeto de espanto; el aldeano se santigua al descubrir la casa que le ha dado asilo; el pescador cuenta con trémula voz que cuando pasa en su barquilla por delante del siniestro catafalco, ve en medio de las tinieblas una cara palida que fija en él miradas suplicantes, y que oye sonidos armoniosos que se parecen á una plegaria.

Hay personas que no pueden sustraerse á la influencia de un nombre, y el artista de que tratamos fué uno de ellos. *Paganino* ó *Paganini* es un diminutivo de pagano. Estaba escrito pues desde su nacimiento que sería tratado tarde ó temprano como un gentil.

El pleito continuaba. El clero decía:

— No quiso recibir los últimos Sacramentos.

Y á esto se contestaba:

— No fué así; lo dejó para mas tarde y le sorprendió la muerte. Era tan buen católico y estaba tan en ánimo de morir con la absolucion, que había encargado á un abogado amigo suyo que le comprara una pizarra, pues no pudiendo hacer uso de la palabra, escribiría en ella su confesion, y la borraria en cuanto la hubiese leído el sacerdote.

Además, Paganini era miembro de la cofradía de los Penitentes Blancos de Génova; no se casó con una inglesa porque era protestante y no quiso hacerse católica; todas las mañanas y todas las noches preguntaba si había rezado su hijo; y por último, hasta su última hora, llevó á su cuello una medalla de la Virgen y una imagen de Jesus, que le dejaron naturalmente bajo su mortaja.

En suma, la instruccion probó que Paganini había sido no solo un buen cristiano, sino un perfecto católico. No obstante, tuvo que hacer antesala en el lazareto de Villafranca.

Viéndole allí esperando tan desocupado, tuvieron la idea de darle una ocupacion, y un judío fué á proponer al conde de Cessole la compra del cadáver para enseñarle en Inglaterra. Este especulador sabia hacer negocios: ofrecía 30,000 francos por la momia de Villafranca. Estaba bien seguro de que al dulce sonido del dinero el maestro no se levantaria para abofetearle como hizo el Cid muerto con el judío de Toledo.

De este modo: pues ningun género de celebridad le faltó á Paganini: rechazadas por los sacerdotes de Jesus, sus cenizas fueron regateadas por los hijos de Moisés. No pudiendo entrar en una iglesia, estuvieron á punto de ser mostradas en las ferias entre un gigante y una ternera de dos cabezas.

¡Treinta mil francos! ¡El producto de muchos conciertos! Si un día llego á conocer el nombre de ese honorable industrial, daré sus señas á los grandes hombres contemporáneos que quieran deshacerse de sus despojos á condiciones ventajosas.

Sin embargo, el proceso seguía su curso. El heredero había apelado al tribunal arzobispal de Génova, de la sentencia del obispo de Niza dada el 28 de julio de 1840. Esta vez el ministerio público formuló conclusiones favorables: su Memoria que tengo á la vista es una brillante defensa de Paganini cristiano y católico. Sin embargo, el arzobispo no quiso quitar la razon á su vecino y amigo de Niza, y confirmó la sentencia en primera instancia.

Recurso al tribunal supremo, al papa. Su Santidad anuló las dos sentencias y envió el proceso ante una jurisdiccion soberana compuesta de tres arzobispos, y entre tanto autorizó el depósito del cadáver en una sepultura cristiana.

La cuarentena del maestro en su lazareto había durado mas de tres años.

Pero el capítulo de las aventuras póstumas de Paganini no estaba terminado todavía.

V.

En una noche estrellada del mes de agosto de 1843, un hombre, provisto de un papel firmado por el intendente de la provincia y acompañado de dos bateleros y dos mozos, mandó recoger el féretro y le colocó en una barquilla que se alejó á fuerza de remo. Doblaron el faro, pasaron por delante de Santo Hospicio y continuaron en la direccion del Este. Paganini hacia su último viaje á Génova...

Siguieron la cornisa á jornadas cortas, y se detuvieron en Bordighiera, en San Remo, en Puerto Mauricio, Savona y otros puntos.

Así que la embarcacion se acercaba á tierra acudían los aduaneros.

— ¿Qué llevais ahí? preguntaban con aire amenazador.

— Llevamos á Paganini, respondía el patron de la barca, Paganini, *el que tocaba tan bien*.

Los aduaneros examinaban, daban vueltas al cuerpo en todos sentidos para ver si no estaba relleno de contrabando, y de mala gana le dejaban pasar.

Por fin, el navío fantasma entró en el puerto de Génova. *El que tocaba tan bien* no se hallaba aun en la última pagina de su odisea.

Génova, su patria, le vió pasar sin hacerle el menor saludo. ¡Ingrata! ¡Y eso que la había legado por testamento su espada de Austerlitz, su violín de predileccion, su Guarnerius!

Luego le llevaron al antiguo ducado de Parma, donde por fin halló el reposo el espectro viajero, en la bó-

veda que su hijo había mandado preparar en su hermosa villa Gajona, adquirida por él algunos años antes.

F. L.

Expedicion de Méjico.

PARTES OFICIALES SOBRE EL COMBATE DE GUADALUPE Y LORETO DELANTE DE PUEBLA.

El general conde de Lorencez, jefe del cuerpo expedicionario francés en Méjico, ha dirigido al mariscal ministro de la Guerra el siguiente parte, en el que da cuenta de la reñida accion que tuvo lugar el 5 de mayo delante de Puebla, y de las operaciones subsiguientes del ejército francés en el territorio mejicano. La imparcialidad nos impone el deber de insertar á continuacion el parte del general Zaragoza sobre el mismo hecho de armas. Hé aquí el primero:

Orizaba 22 de mayo de 1862.

Señor mariscal: La imposibilidad en que he estado de comunicar con Veracruz desde fines de abril me ha impedido dar cuenta á V. E. de mis operaciones militares despues del combate de las Cumbres; hoy de regreso en Orizaba, espero poder restablecer mis relaciones con Veracruz, y tengo el honor de dirigiros mi parte sobre los sucesos ocurridos desde principios del presente mes.

Habiendo salido de la Cañada de Istapan el 4 de mayo, despues del combate dado el 28 de abril en las Cumbres, marché sobre Puebla sin hallar resistencia, y sabiendo en cada localidad que el general Zaragoza se retiraba delante de mí, á una jornada de distancia, señalando su paso solamente con el incendio de las habitaciones y sobre todo de los molinos de granos y paja que abundan en la planicie de Anahuac.

A mi llegada el 4 á Amozoc, poblachon situado á tres leguas de Puebla, tuve noticia de que el gobierno de Juarez había dado orden para defender á Puebla á todo trance, que la ciudad contenía una guarnicion de 12,000 hombres, que en todas las calles se habían formado barricadas, y que estas barricadas estaban armadas con artillería.

Hasta entonces no se me había suministrado ningun otro dato; tan grande era la intimidacion ejercida en las poblaciones que se sabia eran hostiles á Juarez.

Al día siguiente, 5 de mayo, llegué delante de Puebla á las nueve de la mañana, y mandé hacer alto á la cabeza de mi columna, á unos tres kilómetros de la ciudad. Conoci que no había para qué titubear, pues era menester apoderarse ante todo de Guadalupe y Loreto, cuya posesion aseguraba la de la ciudad.

Despues de hacer que la tropa tomara el café, formé á las once y media mi columna de ataque, compuesta de dos batallones de zuavos, de la batería montada del capitán Bernard, y de cuatro piezas de la batería montada de marina del capitán Mallat. El regimiento infantería de marina formaba la reserva. Los fusileros marinos y la batería de montaña debían proteger la retaguardia de la columna de ataque, á quien amenazaba un grueso de caballería que se había presentado á la derecha.

Dejé á los cazadores de infantería para que contuvieran al anemigo, que también se dejaba ver á mano izquierda, por medio de algunos tiradores, y encargué al coronel L'Heriller que protegiera con el 99º de línea y cuatro compañías de infantería de marina el convoy que había hecho formar en masa.

Habia prescrito á la caballería que permaneciera entre el convoy y la columna de ataque para hacer frente á las eventualidades que pudieran presentarse.

Los zuavos, marchando por batallones en columna con distancias y llevando entre los dos batallones las diez piezas de artillería montada, ejecutaron un gran movimiento de flanco sobre la derecha, á fin de acometer la posicion de Guadalupe por pendientes accesibles.

El fuerte de Guadalupe rompió primero el fuego. Las dos baterías avanzaron hasta el pié de la altura, lo mas cerca posible, para poder romper el fuego contra esta posicion: hallábanse á 2,200 metros; su fuego comenzó, y los zuavos se desplegaron en batalla. La puntería fué generalmente muy certera, y el fuego del enemigo muy vivo y bien dirigido.

Despues de tres cuartos de hora de lucha, hice trasladar las baterías mas á la derecha, á fin de batir mas directamente el frente que los zuavos debían tomar por asalto. La batería Mallat se situó á cierta distancia de la batería Bernard, para hacer el fuego de los mejicanos mas divergente, y mandé que los zuavos llegasen hasta el pié mismo de la altura, para que no siguieran expuestos á los fuegos de enfilada del fuerte.

La disposicion del terreno no me permitió abrir bastante brecha, y como por otra parte carecía del material de sitio necesario para destruir la fortaleza de Guadalupe, resolví intentar un ataque á viva fuerza. Los zuavos, prontos á lanzarse, habían llegado hasta la mitad de la cuesta; envié á buscar cuatro compañías de cazadores de infantería, prescribiéndolas que treparan las pendientes por la izquierda de los zuavos, de modo que dividieran la defensa del enemigo. Ordené al mismo tiempo al regimiento de infantería de marina, á los fusileros marinos y á la batería de montaña que apoyaran al primer batallon de zuavos que ocupaba la derecha, y tomé un batallon del 99º de línea para reemplazar, como reserva,

detrás de nuestras columnas de ataque, á la infantería de marina y á los fusileros marinos.

Mientras se ejecutaban estos movimientos, una seccion de ingenieros partía con cada columna de ataque, llevando consigo tablas provistas de escalones clavados y de sacos de pólvora destinados á volar la puerta del redueto. La artillería montada se esforzaba en vano por abrirse paso para trepar á la altura y aproximarse al fuego.

Dada la señal, los zuavos y los cazadores acometieron con la inteligente intrepidez tradicional en estos dos cuerpos: hicieron lo que las tropas francesas solas saben hacer: llegaron sufriendo un fuego terrible de artillería y fusilería, de metralla y balas rasas, hasta los fosos del fuerte; algunos consiguieron escalar el muro sobre el cual fueron muertos, á excepcion del corneta de cazadores Roblet, que permaneció durante algun tiempo en él tocando paso de ataque. Pero el convento fortificado de Guadalupe que se me había descrito como una posicion de escasa importancia, estaba armado con diez piezas de á 24, sin contar los obuses de montaña colocados en las plataformas y en los campanarios; tres líneas aspilleradas sobrepuestas habían sido establecidas con sacos de tierra colocados en los terrados; lo menos 2,000 hombres mandados por el general Negrete, estaban encerrados en el fuerte con una artillería bien servida.

El primer batallon de zuavos, la infantería de marina y los fusileros marinos, al efectuar su movimiento de frente, habían encontrado sobre su derecha el fuego de las baterías de Loreto, y entre este fuerte y Guadalupe, cinco batallones de infantería en tres líneas, y habían sido cargados por la caballería mejicana y detenidos así á 100 metros del fuerte.

Disponíame á hacer pasar adelante dos compañías de zuavos que tenía cerca de mí como reserva á mitad de la cuesta, cuando una tempestad tropical, oscureciendo el aire, descargó sobre nosotros y empapó el suelo de tal modo, que era imposible permanecer en pié en las laderas que se acababan de trepar.

Habiéndome convencido de la imposibilidad de sostener mas tiempo una lucha heroica, mandé que los batallones empeñados en ella volvieran á descender, aprovechando las sinuosidades del terreno hasta el pié de la cuesta, donde hicieron alto para tomar las mochilas que allí habían dejado.

Faltábame hacer sacar mis heridos de una alquería adonde los había hecho llevar durante el combate, la cual estaba situada á 2,200 metros del fuerte. Los hice salir por pequeñas fracciones, á fin de evitar el fuego de la artillería de Guadalupe, que continuaba disparando contra todos los grupos.

Cuando terminó esta operacion, estaba á punto de anochecer y mis tropas se retiraron al campamento por escalones con el mayor orden, y sin que los mejicanos osaran avanzar contra ellas.

Durante lo mas recio del combate, las dos compañías de cazadores de infantería que habían sido dejadas en el llano se encontraron envueltas por una masa de caballería sostenida por fuerza de infantería; estas dos compañías hicieron en mi presencia tal defensa, que no sabia á quienes admirar mas, si á los que avanzaban sufriendo el fuego de Guadalupe, ó á los cazadores, que sin desconcertarse por el crecido número de los enemigos que los rodeaban, se formaron con la mayor serenidad, y mataron ó dispersaron á los jinetes que se precipitaban hacia ellos.

Las pérdidas sufridas en el glorioso combate del 5 de mayo se resumen así:

Oficiales.	Muertos.	15
	Heridos.	20
Tropa.	Muertos ó desaparecidos.	162
	Heridos.	285

Los diversos informes que me han llegado de los mejicanos hacen subir á 4,000 hombres las pérdidas del enemigo.

La noche del 5 al 6 pasó sin que se disparara un solo tiro.

Tal era, señor mariscal, mi situacion delante de Puebla, la ciudad mas hostil á Juarez, segun decían las personas en cuya opinion debía tener fe y que me aseguraban formalmente, en vista de los datos que se hallaban en estado de adquirir, que sería recibido en ella con transporte, y que mis soldados entrarían cubiertos de flores.

Yo no podía pensar en atacar las barricadas de Puebla mientras los fuertes de Guadalupe y Loreto estuvieran en poder del enemigo; una marcha directa sobre Méjico, dejando á la espalda una plaza fortificada, era imposible; me decidí pues á retirarme á Orizaba; no obstante, para no desatender la probabilidad de que se me reuniera el ejército del general Marquez cuya llegada me era anunciada á cada momento, resolví aprovecharme del plazo que me daba el número de días de viveres que traía conmigo.

Pasé pues los días 6, 7 y 8 delante de Puebla, limitándome el 6 á rectificar el asiento de mi campamento, sin hacer por eso retrogradar á las tropas que se encontraban mas próximas á la ciudad; esperaba además atraer al enemigo y batirlo en campo raso, si tenía la audacia de venir á atacarme; pero tuvo la prudencia de no dispararme un solo tiro ni de día ni de noche.

Por fin el 8, á las dos de la tarde, viendo que no recibía del general Marquez mas que noticias evasivas y aun contradictorias acerca de su proximidad y de su intencion de venir á reunirse conmigo, comencé á hacer des-



Expedición de Méjico. - Vista general de Puebla.

flar mi inmenso convoy hacia Amozoc. Permaneci yo mismo en posicion hasta las seis de la tarde con la mayor parte de las tropas, y me retiré con ellas detras del convoy, con el orden mas imponente, sin que el enemigo osara hacer salir fuera de la ciudad un solo jinete ni un solo infante.

Permaneci en Amozoc el 9 y el 10, accediendo á las instancias que se me hacian para que esperara la llegada del general Marquez.

El 10 vino á reunirse con nosotros el general Marquez en persona con una escolta de unos diez caballos. Nos anunció que Zuluaga, en nombre de su partido, habia celebrado el 3 por la mañana, dia de nuestra llegada delante de Puebla, con el gobierno de Juarez un tratado en virtud del cual se obligaba á neutralizar el ejército del general Marquez durante nuestra presencia delante de la ciudad.

Al saber esta noticia que aclaraba la situacion aun para los mismos que habian conservado mas ilusiones, fijé mi partida para el siguiente dia 11. Me detuve sucesivamente en Tepenaca, Aculcingo, Quecholac y San Agustin del Palmar, en la Cañada de Istapan, sin ser molestado y encontrando únicamente algunas partidas numerosas de caballeria que permanecian siempre fuera de nuestro alcance.

A mi llegada delante de Palmar que me habian dicho estaba ocupado fuertemente y cerrado con barricadas, tuve ocasion de hacer prisionera una partida de veinte y dos jinetes, rodeando la aldea por derecha é izquierda por la caballeria de vanguardia.

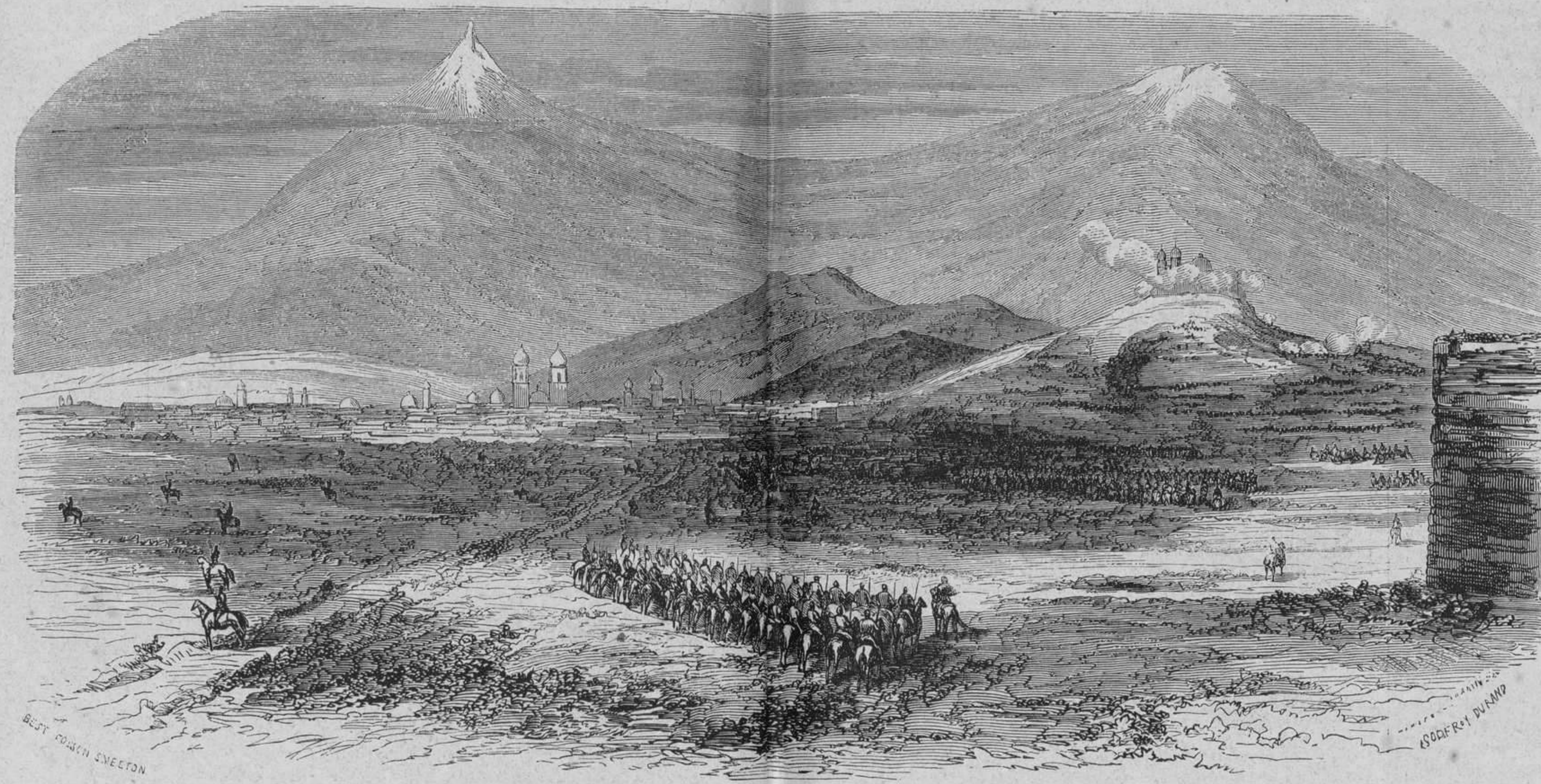
Al dia siguiente continué la marcha por la cañada de Istapan, donde debia esperar, segun los datos que se me daban, encontrar dificultades para volver á pasar las Cumbres, cuyo camino estaria cortado por cuarenta barricadas u otros obstáculos.

Tome mis disposiciones en la prevision de estas eventualidades, é hice ocupar los contrafuertes de derecha é izquierda.

Los informes que habia recibido no se realizaron mas que en parte. Los mejicanos habian acumulado efectivamente obstáculos materiales, que consistian en barricadas formadas con enormes troncos de árboles que habian hecho rodar desde lo alto de la montaña sobre el camino, y en cortaduras cuyo escombramiento formaba grandes montones de rocas y tierra; habia en efecto unos cuarenta obstáculos de esta clase en el camino; pero sea que los mejicanos no osaran perseguirnos, sea que habia habido division entre los jefes, no encontré un solo defensor en las Cumbres, y á pesar del trabajo que exigí la destruccion de estos obstáculos, mi columna y mi convoy llegaron á Aculcingo antes de anochecido.

El 17 llegué á Tecamulaecan. Un oficial mejicano del ejército del general Marquez se presentó en las avanzadas y me anunció que la caballeria del general, compuesta de 2,500 caballos, venia á reunirse conmigo de Tehuacan por las veredas de las montañas, y que el general con la vanguardia estaba ya cerca: me pedia un pase para ir á Orizaba á fin de abocarse con el general Almonte.

Envíé á las avanzadas un oficial de estado mayor con el oficial mejicano; al cabo de una hora volvieron con el general Marquez.



Ataque del fuerte de Guadalupe.

El general me dijo que venia de Matamoros, ciudad situada á diez y nueve leguas de Puebla en la orilla izquierda del camino de Méjico.

Después de haberme hecho su visita partió para Orizaba con algunos jinetes, advirtiéndome que su caballeria quedaba á retaguardia y debia incorporarse conmigo al dia siguiente.

El 18 me puse en camino para Orizaba. Cuando llegué á la aldea de Ingenio, dejé desfilir mi columna y mi convoy y me detuve allí para instalar en esta aldea el 99º de linea, con dos piezas de la bateria de montaña.

Dos razones me indujeron á destacar esta fuerza: quise evitar la aglomeracion de las tropas en Orizaba, y por otra parte, el Ingenio, aldea situada sobre un rio á seis kilometros de Orizaba y en un punto muy cerrado por las montañas, me permitia ocupándole cerrar el paso para la ciudad de Orizaba.

A cosa de las seis de la



Zaragoza, general en jefe del ejército mejicano.

mañana vino el general Marquez á decirme que le habian avisado que el ejército de Zaragoza avanzaba por las Cumbres para oponerse á la reunion de su caballeria conmigo, que no estaba seguro de que este informe fuera exacto, y que iba él en persona al encuentro de su tropa para cerciorarse de ello.

Di orden al coronel L'Heriller para que secundara al general Marquez con un batallon en caso que le hiciera saber que el general Zaragoza se hallaba efectivamente en presencia de su caballeria. Yo mismo permaneci en Ingenio hasta la una de la tarde, y viendo llegar soldados de la caballeria de Marquez sin que ninguno de ellos me anunciara la presencia del enemigo, continué mi camino hacia Orizaba.

A las diez de la noche vino á decirme el general Taboada que la caballeria del general Marquez y el 2º batallon del 99º de linea, al mando del comandante Lefebvre, habia sostenido á

las cinco de la tarde un combate reñido contra las tropas de Zaragoza; que se habian hecho 1,200 prisioneros, y que el 99º habia cogido una bandera.

El coronel L'Heriller me confirmó poco tiempo después estas noticias por medio de una carta. Suponiendo que Zaragoza debia hallarse con grandes fuerzas y que podria renovar al dia siguiente sus ataques contra la caballeria de Marquez y el 99º de linea, ordené á la mayor parte de las tropas que formarían á las dos de la mañana, y marché á su cabeza por el camino de Aculcingo.

Atravesé durante la noche el campamento de Marquez, y al apuntar el dia encontré al batallon del 99º, y supe que las tropas de Zaragoza se habian dispersado completamente la noche misma del combate.

El segundo batallon del 99º que habia salido de Ingenio á las dos de la tarde, se habia reunido con el general Marquez á las cinco. La caballeria de este general que llegaba por un camino de travesía de las montañas, estaba ya cortada por el ejército de Zaragoza colocado en una planicie que flomina la reunion del camino de travesía de Tehuacan con el camino de Orizaba.

El comandante Lefebvre habia dividido inmediatamente su bata-

llon de 500 plazas en dos columnas, y dirigido la primera hacia la izquierda del enemigo, mientras que hacia trepar á la segunda un montecillo que dominaba la interseccion de los dos caminos. La parte de la caballeria del general Marquez que estaba cortada se aprovechó de este movimiento para efectuar su incorporacion precipitándose al galope. El batallon del 99º y los jinetes del general Marquez cargaron entonces al enemigo con tal ímpetu, que á las seis de la tarde habia desaparecido, y los resultados de la jornada fueron:

Una bandera cogida por el 99º de linea,
800 infantes y 400 de á caballo prisioneros,
100 á 150 muertos aproximativamente,
200 heridos.

Las pérdidas del batallon son 2 muertos y 26 heridos. El estado sanitario del ejército es bueno, el espíritu excelente; mis enfermos y heridos se hallan instalados en dos hospitales en número de 600.

He tenido que cubrir provisionalmente las vacantes causadas por el fuego del enemigo. Adjuntas remito las propuestas de ascensos á los diferentes grados, así como las de admision y promocion en la Legión de Honor, las cuales recomiendo á V. E.

Soy con el mas profundo respeto, etc. — El general de division comandante en jefe del cuerpo expedicionario de Méjico, — CONDE DE LORENCEZ.

Hé aqui ahora el parte oficial del general Zaragoza:

« Ejército de Oriente. — General en jefe. — Después de mi movimiento retrógrado que emprendí desde las Cumbres de Aculcingo, llegué á esta ciudad el dia 3 del presente, segun tuve el honor de dar parte á Vd. El enemigo me seguia á distancia de una jornada pequena, y habiendo dejado á retaguardia de aquel la segunda brigada de caballeria, compuesta poco mas de 300 hombres, para que en lo posible lo hostilizara, me situé



La bandera de los zuavos en Guadalupe.



El corneta Roblet sobre los muros de Guadalupe.

como llevo dicho, en Puebla. En el acto di mis órdenes para poner en un regular estado de defensa los cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar las fortificaciones de la plaza, que hasta entonces estaban descuidadas.

Al amanecer del día 4 ordené al distinguido general ciudadano Miguel Negrete, que con la segunda division de su mando, compuesta de 1,200 hombres, lista para combatir, y a su mando, ocupara los expresados cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y montaña. El mismo día 4 hice formar de las brigadas Berriozabal, Diaz y Lamadrid, tres columnas de ataque, compuestas: la primera de 1,082 hombres, la segunda de 1,000 y la última de 1,020, toda de infantería, y además una columna de caballería con 500 caballos, que mandaba el ciudadano general Antonio Alvarez, designando para su dotación una batería de batalla. Estas fuerzas estuvieron formadas en la plaza de San José hasta las doce del día, á cuya hora se acuartelaron. El enemigo pernoctó en Amozoc.

A las cinco de la mañana del memorable día 5 de mayo, aquellas fuerzas marchaban á la línea de batalla que habia yo determinado, y verá usted marcada en el croquis adjunto; ordené al ciudadano comandante general de artillería coronel Ceferino Rodríguez, que la artillería sobrante la colocara en la fortificación de la plaza, poniéndola á disposición del ciudadano comandante militar del Estado, general Santiago Tapia.

A las diez de la mañana se avistó el enemigo, y después del tiempo muy preciso para acampar, desprendió sus columnas de ataque, una hacia el cerro de Guadalupe, compuesta como de 4,000 hombres, con dos baterías, y otra pequeña de 1,000, amagando nuestro frente. Este ataque, que no habia previsto, aunque conocia la audacia del ejército francés, me hizo cambiar mi plan de maniobras y formar el de defensa, mandando en consecuencia que la brigada Berriozabal, á paso veloz, reforzara á Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo de carabineros á caballo fuera á ocupar la izquierda de aquellos para que cargara en el momento oportuno. Poco después mandé al batallón Reforma, de la brigada de Lamadrid, para auxiliar los cerros, que á cada momento se comprometían mas en su resistencia.

Al batallón de zapadores de la misma brigada le ordené marchase á ocupar un barrio que está casi á la falda del cerro, y llegó tan oportunamente, que evitó la subida á una columna que por allí se dirigía al mismo cerro, trabando combates casi personales. Tres cargas bruscas efectuaron los franceses, y en las tres fueron rechazados con valor y dignidad; la caballería situada á la izquierda de Loreto, aprovechando la primera oportunidad cargó bizarramente, lo que les evitó reorganizarse para nueva carga.

Cuando el combate del cerro estaba mas empeñado, tenia lugar otro no menos reñido en la llanura de la derecha que formaba mi frente.

El ciudadano general Diaz, con dos cuerpos de su brigada, uno de la de Lamadrid con dos piezas de batalla, y el resto de la de Alvarez, contuvieron y rechazaron á la columna enemiga, que también con arrojo marchaba sobre nuestras posiciones; ella se replegó hacia la hacienda de San José, donde también lo habian verificado los rechazados del cerro, que ya de nuevo organizados se preparaban únicamente á defenderse, pues hasta habian claraboyado las líneas; pero yo no podia atacarlos, porque derrotados como estaban, tenían mas fuerza numérica que la mía; mandé por tanto hacer alto al ciudadano general Diaz, que con empeño y bizarría los siguió, y me limité á conservar una posición amenazante.

Ambas fuerzas beligerantes estuvieron á la vista hasta las siete de la noche que emprendieron los contrarios su retirada á su campamento de la hacienda de los Alamos, verificándolo poco después la nuestra á su línea.

La noche se pasó en levantar el campo, del cual se recogieron muchos muertos y heridos del enemigo, cuya operación duró todo el día siguiente; y aunque no puedo decir el número exacto de pérdidas de aquel, si aseguro que pasó de 1,000 hombres entre muertos y heridos, y ocho ó diez prisioneros.

Por demas me parece recomendar á Vd. el comportamiento de mis valientes compañeros: el hecho glorioso que acaba de tener lugar patentiza su brio y por si solo los recomienda.

El ejército francés se ha batido con mucha bizarría; su general en jefe se ha portado con torpeza en el ataque.

Las armas nacionales, ciudadano ministro, se han cubierto de gloria, y por ello felicito al primer magistrado de la república por el digno conducto de Vd., en el concepto de que puedo afirmar con orgullo, que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el ejército mejicano durante la larga lucha que sostuvo.

Indicaré á Vd., por último, que al mismo tiempo de estar preparando la defensa del honor nacional, tuve la necesidad de mandar á las brigadas L'Horan y Carbajal á batir á los facciosos, que en número considerable se hallaban en Atlixco y Matamoros, cuya circunstancia acaso libró al enemigo extranjero de una derrota completa, y al pequeño cuerpo del ejército de Oriente de una victoria que habria inmortalizado su nombre.

Al rendir el parte de la gloriosa jornada del día 5 de este mes, adjunto el expediente respectivo, en que constan los pormenores y detalles expresados por los jefes que á ella concurrieron. Libertad y reforma.

Cuartel general en Puebla, á 9 de mayo de 1862.

I. ZARAGOZA.

Revista de París.

Este año están muy en boga las aguas de Alemania en atención á que la inclemencia del tiempo ahuyenta de las costas francesas á los bañistas que tienen la costumbre de frecuentarlas. Baden principalmente es el punto favorecido por la emigración parisiense. En la temporada actual hay que añadir á la lista de las diversiones y placeres de todos los años, la fiesta de la inauguración de un nuevo teatro tan resplandeciente de lujo como la famosa sala que se visita entre las curiosidades históricas de Versalles. Se habla de piezas inéditas debidas á los primeros talentos literarios, y de actores del Teatro Francés para interpretarlas. El teatro será inaugurado á principios del próximo agosto.

Los que tampoco se fían mucho del clima de Alemania en estos tristes días que vamos atravesando, se dirigen á Londres, que con motivo de la Exposición universal les ofrece un programa de fiestas inagotable. El viaje á Londres es fácil y poco costoso; pues existen en París compañías que por una cantidad alzada de 150 á 300 francos se obligan á satisfacer todos los gastos, incluso los de casa y comida, visitas al palacio de la Exposición, á los principales monumentos, teatros, etc. No es caro en verdad; pero ¡qué de tribulaciones cuentan algunos de los viajeros que han apelado á este recurso económico! En el teatro de Varietés se representa actualmente una pieza con el título de *Una semana en Londres*, que de seguro debe quitar á las empresas muchos parroquianos. El principal de estos organizadores de «trenes de placer» para Londres es M. N. Estibal, que acaba de ser víctima de dos caballeros de industria en circunstancias dignas de contarse.

Estos señores se presentan hace quince días en su despacho de la plaza de la Bolsa, elegantemente vestidos, y se suscriben para el viaje. Sus finos modales y los accesorios que piden sin regatear á lo que promete el programa, prueban evidentemente que la economía es el menor de todos sus cuidados: por poco inspiran la idea á M. Estibal de imaginar trenes de lujo á 200 pesos por semana.

No hay para que decir que estos caballeros toman la suscripción de primera clase, y en cuanto al pago, ofrecen una letra de 10,000 francos á diez días vista contra la casa Coutts and Co de Londres. Como deben salir aquella misma tarde, no es posible escribir al banquero de Francfort que ha dado la letra, y además los viajeros tienen tan bella estampa, que seguramente la duda seria un ultraje.

— Dejaremos á Vd. la letra, dicen á M. Estibal; y este, para no quedarse atrás en confianza, se contenta con avisar á su corresponsal que los dos viajeros pagarán en Londres sobre una letra de 10,000 francos contra la indicada casa.

El viaje se efectúa. Nuestros dos jóvenes consumen que es un portento las botellas de champaña, y se complacen en aumentar los gastos extraordinarios. Puesto que el viaje de ida y vuelta, así como la permanencia en Londres están asegurados, quieren regresar á París con los bolsillos limpios de polvo y paja.

Y hé aquí que marchando en esta vía, toman prestados 500 fr. sobre su letra, que esta vez depositan en manos del corresponsal, quien persuadido de que en París la han aceptado como buena, se presta á satisfacer todos los caprichos de los viajeros, y aun á menudo les hace caer en tentaciones.

Pero llega el día del vencimiento, y el cajero de la casa Coutts no solo niega el pago, sino que advierte al confiado corresponsal que tome cuanto antes las de Villadiego si es que no quiere caer en manos de la policía. Nuestro hombre vuelve al hotel de donde acababan de salir los dos viajeros, dejando sus cofres vacíos y la siguiente carta dirigida á M. Estibal:

«Muy señor nuestro: nos ha hecho Vd. pasar en Londres una semana deliciosa, y creemos no hacer mas que cumplir con nuestro deber permitiéndole que cobre para sí la totalidad de nuestra letra de 10,000 francos.

» Su corresponsal de Vd. se ha portado admirablemente con nosotros; entre otras cosas, tenemos el gusto de reconocer que ese amable empleado nos ha adelantado 500 francos que suplíamos á Vd. le reembolse, ofreciéndole de nuestra parte la gratificación que juzgue Vd. conveniente.

» Firmado: *Dos amigos de la industria.*»

Total: dos mil francos de pérdida para el organizador de los «trenes de placer» con destino á Londres.

Parécenos que seria de toda justicia y no de mal efecto el introducir este lance en la pieza del teatro de Varietés, que no es mas que un tejido de lamentaciones contra las empresas, que no cumplen, ó cumplen de mal modo lo que prometen.

El lunes último la iglesia de la Magdalena encerraba una gran reunión de hombres políticos de todas las opiniones, que asistían á las exequias de un hombre célebre, el duque Pasquier, que ha fallecido casi centenario. No es de este lugar la biografía del duque Pasquier como personaje público; pero si nos corresponde decir que tenia en su vida privada las costumbres de los altos señores de otras épocas. Su casa era un gran centro de reunión al que acudían los mas elevados personajes. Daba grandes comidas tres veces por semana, y sus convidados ordinarios pertenecían á la diplomacia europea, á las antiguas cámaras de los pares y de los diputados, y sobre todo á la Academia francesa. Los miembros de esta ilustre corporación han perdido un precioso amigo y compañero; le llamaban «el tenedor de oro de la Academia;» tal era la fama que habian adquirido sus comidas.

Tenemos pues otro sillón vacante en la Academia, y como de costumbre ya circulan en el mundo literario varias candidaturas. Se habla de M. Litfré, y se dice que es el que tiene mayores probabilidades. — A veces este asunto de las elecciones académicas suele dar mucho que decir en ciertos círculos. Cada elección tiene su historia, y hay algunas de ellas que no dejan de ser divertidas.

— ¡Saben Vds., decia noches pasadas á varios amigos un literato conocido con el seudónimo de M. de Albens, la historia de la elección de Ballanche?

— No; cuéntenosla Vd.

«— Es el caso que madama Recamier se habia empeñado hacer triunfar la candidatura de Ballanche en la Academia francesa. Su autor poseía grandes ventajas; era tan profundo que nadie habia tenido valor de leerle, y así es que disfrutaba de una grande reputación.

Entre otros votos, Mme Recamier solicitaba el de M. Etienne.

— Siento decir que no, respondió M. Etienne, pero me es imposible votar por él.

— ¿Y por qué?

— Porque en mi vida he leído dos líneas suyas. ¿Ha escrito alguna cosa su protegido de Vd.?

— Ya lo creo que ha escrito, y mucho, catorce volúmenes.

— ¡Dios mío! ¡Catorce volúmenes! ¿Y sobre qué?

— Sobre metafísica. Mañana los tendrá Vd. aquí, y podrá leerlos.

— ¡Leerlos yo! ¡Ay! señora, ya tiene mi voto. ¡Catorce volúmenes! ¡Prefiero elegirle á leerlos!»

Y en efecto, dió su voto, después de haber pronunciado esta frase, que presenta en francés un doble sentido.

En una correspondencia de Marsella fechada el 10 del corriente, y que ha sido reproducida por varios diarios de París, se cuentan las peripecias de una historia de sucesión que ha traído alborotadas á muchas cabezas. El año último, por este tiempo, un periódico marsellés que ya no existe, anunciaba que un tal Bony ó Bonny, oriundo, según unos, de Cloux, ó según otros, de Merlines, en dos distintos departamentos de Francia, habia muerto hace cerca de veinte años en la isla de Madagascar, dejando una fortuna de 75 millones que suponían depositada en el banco de Inglaterra.

Este aviso bastó para que todos los Bony de Francia practicasen diligencias á fin de probar que ellos eran no solo los parientes, sino los únicos herederos legítimos del finado; y aun hubo algunos que creyéndose ya en posesión de la preciosa herencia, prescindieron de todas sus obligaciones y rompieron airadamente todos sus contratos.

Se citan pueblos en donde el cura y el alcalde no podían ya satisfacer las peticiones de informes que les eran dirigidas de todas partes. En París hubo abogados, como el ilustre Berryer, que tomaron cartas en el asunto, siendo encargados de ayudar á los supuestos herederos á reclamar los 75 millones.

Un abogado, periodista actualmente, llamado M. Augusto Cauran, que se hallaba entonces en Aviñón, hubo de atender á tres diferentes familias del susodicho apellido que vivían en distintos lugares del contorno, y que le encomendaron el cuidado de sus intereses.

M. Cauran, á quien no pareció asunto muy claro esta sucesión, tanto por la importancia de la cifra, como por la larga distancia del punto adonde debían acudir los reclamantes, quiso ante todo tomar informes allí donde habia fallecido el opulento Bony, y bajo este concepto escribió una carta á uno de sus amigos, M. Jouen, prefecto apostólico de Madagascar, que habita hace veinte y cinco años en la isla, quien le respondió de este modo tristísimo para los que se habian forjado bellas ilusiones.

«¡Ay! ¡mi querido amigo! decia el prefecto; si vuestros clientes no tienen para comer mas que los 75 millones de que me habla Vd. y que habria dejado un individuo llamado Bony, de veras me compadezco de ellos. La herencia en cuestion es una mentira que contará muy luego diez y seis años de existencia. Sobre este asunto hemos recibido mil cartas, de la Sociedad de la propagación de la fe, del ministerio y de particulares; pero aseguro á Vd. que no habia para escribirnos acerca de esta herencia fundamento alguno.

» Jamás ha habido en Madagascar ni Bonnet, ni Bony, ni Bonny, y aun cuando los hubiese habido, les habria sido sumamente difícil dejar una fortuna de 75 millones, en atención á que el mismo rey de Madagascar apenas tiene cien mil francos en su caja. En una isla que solo produce bueyes, gallinas guineas y tortugas, los millones andan muy escasos, y aquellos que vienen aquí con la intención de hacer fortuna, el mejor partido que podían tomar era el de volverse cuanto antes á sus casas.»

Esta terrible carta está fechada en San Dionisio de la Reunion el 2 de junio del año corriente.

La palabra herencia ejerce y ha ejercido siempre una influencia mágica. ¡Cuántas cabezas trastorna, cuántas conciencias turba! En la estadística criminal de Francia los delitos que se cometen por heredar alcanzan á una cifra verdaderamente deplorable, lo que es una horrible prueba del extravío de la moralidad humana. Hé aquí un honrado industrial llamado M. Reverd, que realiza su capital y se retira tranquilamente á Versalles para acabar sus días. A fin de regularizar completamente su situación, se casa con una mujer que todos creían su esposa legítima hacia mas de veinte años, y apenas ha trascurrido un mes después de la celebración de la boda, cuando le sacan de su domicilio por astucia y le llevan á una casa de locos, donde le tienen encerrado y tratado como tal durante quince meses.

¿En qué se fundaba esta terrible acusación de locura contra un hombre pacífico, de costumbres metódicas, amigo de su casa?

— Su padre y su abuelo lo han sido, decia su esposa, y sucede con harta frecuencia que las facultades mentales se trastornan cuando se pasa de repente á la ociosidad después que se ha llevado una vida activa.

En esta suposición se funda todo; y con efecto, desgraciadamente no se necesita mas para dar á las cosas el carácter de la locura.

Cuando el buen comerciante está sereno, es que disimula; cuando perdida la paciencia se desata en palabras contra la mujer que le ha encerrado en Charenton para disfrutar de toda su fortuna, entonces es un loco de atar, y la prueba salta á la vista.

Justo es decir que también los médicos le han creído atacado de enajenación mental, gracias á un certificado firmado por uno de sus colegas; pero este último, como consta en el proceso que se ha instruido, no habia visto al supuesto enfermo hacia medio año, cuando extendió y firmó el testimonio á instancia de su esposa. Además, ¿no se equivocan los médicos?

Pero en fin, M. Reverd sale curado de Charenton, si es que ha estado loco, y reclama á su mujer que le restituya sus bienes.

y la esposa responde con una demanda de interdicción fundada en otros hechos que los anteriores.

Oigamos cómo se explica M. Vatel, su abogado:

— Desde los primeros días de su regreso á casa, Reverd dió señales de locura, hé aquí cómo: una vez que la sirvienta pasaba por el jardín, Reverd la arrojó un puñado de tierra al cuerpo; se mandaba echar agua del pozo en la cabeza; se paseaba sin sombrero cuando llovía, y ultrajaba á su mujer empleando términos que no son para repetidos... El pleito que sigue con su mujer le hace delirar á menudo. Pasa horas enteras hablando solo y en alta voz, y las irregularidades de su modo de vivir son cada día mayores; muchas noches vuelve á las dos de la madrugada, y hasta desaparece muchos días seguidos. A veces deja sobre la mesa los alimentos del almuerzo y no los toca sino á las tres ó las cuatro de la tarde; sus ropas ofrecen el mayor desorden. Por último, trabaja de noche en el jardín con una vela en la mano, y se queda sentado en el suelo horas enteras cuando hace el frío mas rigoroso...

El abogado contrario, M. Riviere, contesta á este discurso diciendo:

— Perseguido incesantemente el infeliz Reverd por su mujer y por la criada, había tomado el partido de prohibirlas la entrada de su cuarto que él barria y arreglaba. Para ocupar sus ocios ideó trabajar en el jardín, y esta apacible tarea ha dado margen á su esposa para fundar nuevas acusaciones. De este modo pues, si se lava en la pila del pozo; si fija señales para marcar los puntos donde ha de plantar flores; si se sienta en el suelo en vez de encorvarse para escarbar la tierra; si por casualidad se rompe un carretón y se cae la tierra con que iba cargado; si le acomoda aserrar un árbol que estrecha el paso y cuya destrucción era cosa convenida; si habiendo olvidado un cuchillo en el jardín sale de noche con luz para impedir que se tome; si por no oír las injuriosas palabras de la sirvienta de su mujer, va á sacar agua del pozo; si da por sus propias manos la ropa á la lavandera para evitar altercados; si despues de haber pasado un día en París con sus amigos vuelve por el último tren del camino de hierro; si para distraerse canta en su cuarto y se le escapan ó quiere decir palabras sueltas, todos esos actos tan sencillos, tan naturales, son presentados por su mujer como actos de demencia. Preciso es confesar que ese espionaje incesante y esa insigne mala fe de la esposa Reverd, serian ciertamente muy propios para exasperar al hombre de carácter mas suave y pacífico.

¿No es curioso este diálogo? El tribunal no ha quedado convencido con los razonamientos del primer abogado, puesto que desestimó la demanda de la mujer y ordenó que diera cuenta de su administración de los bienes comunes.

Para concluir, diremos que se prepara en París una Exposición de un género enteramente nuevo, y que no puede menos de excitar vivamente la curiosidad del público, cual es la de la colección paleográfica existente en los archivos del Imperio, que están en el palacio de Soubise. Esta colección comprende documentos sumamente curiosos, como la série de cincuenta y cinco cartas ó diplomas en papiro y en pergamino, procedentes de la dinastía merovingia.

En los archivos figuran igualmente los documentos de la antigua secretaría de Estado, del gabinete de Napoleon I, y del antiguo armario de hierro mandado hacer por la Asamblea constituyente. Aquí se encierran tratados de paz, bulas de oro, las llaves que los magistrados de la ciudad de Namur presentaron á Luis XIV, las llaves de la Bastilla, las piezas del proceso de Luis XVI, su testamento y el de María Antonieta; las cartas autógrafas de los departamentos firmadas por los miembros de la Asamblea constituyente; la matriz de la medalla destinada á perpetuar el recuerdo del juego de pelota, etc., constanding además en los archivos 20,000 volúmenes de paleografía, de jurisprudencia, etc.

La Exposición paleográfica tendrá lugar en el magnífico salon del palacio de Soubise, restaurado completamente, y que será por sí solo una curiosidad digna de ser vista.

MARIANO URRABIETA.

Los talentos.

dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí. Hé aquí un axioma universalmente reconocido; hé aquí un principio matemático que nadie desconoce; hé aquí una verdad que todos aceptan como evidente. Pero ¿en qué consiste la igualdad? La igualdad es la conformidad de las cosas en la cantidad, en la sustancialidad y la extensión. No basta que una misma circunstancia se encuentre en dos cuerpos, ni que reúnan cualidades semejantes, ni que se distinguan por propiedades idénticas, para que los consideremos absolutamente iguales. La forma, la cantidad, la calidad fuera preciso que radicarán exactamente en dos objetos para confundirlos en uno, para no distinguirlos por separado, para apreciarlos con la vara de la igualdad. Solo así señalaremos dos cosas iguales entre sí. La igualdad matemática no existe ni en nuestra mente, ni se halla en la naturaleza. Para que esta igualdad se encontrara en los objetos materiales que nos rodean, sería necesario que dos cosas distintas, aunque de la misma especie, fueran de la misma sustancia, de la misma extensión, de la misma cantidad. Y ¿es probable que dos cosas contengan el mismo número de átomos ó partículas constituyentes, y sean de la misma sustancia, y se confundan por todo su carácter? No habrá uno tan siquiera que se atreva á sostener semejante proposición. Y esa igualdad que no traspasa las regiones del cerebro, esa igualdad que anhelamos ver materialmente, esa igualdad que pretendemos realizar en el mundo, esa igualdad no es mas que una igualdad simplísima, no una idea compleja que haya de dejarse en dos distintos objetos.

La idea del ángulo recto es una idea simple, y siempre que ella nos embargue la inteligencia, pensaremos en el espacio ilimitado de una figura de noventa grados ó en la resultante de una línea horizontal y otra vertical que corte el último punto de uno de los extremos de aquella. Luego no podremos decir que hay dos ángulos iguales, porque la idea del ángulo recto no puede fraccionarse, es una, es indivisible. Por eso hemos dicho que la verdad en cada una de sus manifestaciones no puede multiplicarse, porque es la unidad y siempre la unidad, y la unidad por la unidad no eleva la cantidad.

La idea de igualdad no tiene existencia real ni en nuestra mente, ni en el mundo. No la tiene en nuestra mente, porque la idea de igualdad supone dos cosas distintas y conformes exactamente en todas sus cualidades. Y ¿podemos tener dos ideas de Dios, dos ideas de la materia, dos ideas del espíritu? Si formáramos dos ideas de una misma cosa, no tendríamos nunca una idea exacta. Luego es inútil demostrar que no caben en nuestra mente dos ideas iguales, porque siendo iguales dejarían de ser dos y se convertirían en una. Y ¿habrá dos cosas iguales en el mundo material? Ya hemos asentado que para que dos cosas fueran exactamente iguales, sería preciso que no discreparan, ni en la sustancia, ni en la forma, ni en la cantidad, y pedir tanto es pedir demasiado. Luego ni en nuestra mente ni en el mundo vemos dos cosas iguales entre sí. Luego la palabra igualdad podríamos borrarla del diccionario ó concretarla á la justicia divina que es igual para todos, por mas que nuestra débil razón no nos permita ver con claridad todos los atributos del Supremo Ordenador.

Luego hablaremos lógicamente al asentar que los talentos no son iguales. Y ¿qué es el talento? Al decir que todos los hombres tienen inteligencia, afirmamos que tienen la facultad de conocer y de pensar; pero al decir que un hombre tiene talento nos referimos al desarrollo de su razón, al grado de esa su inteligencia, á sus particulares disposiciones para entender, y para comprender, y para discurrir. Luego el diccionario que explica la palabra talento por la de entendimiento, viene á sostener paladinamente, que existen palabras sinónimas, y el sinónimo sería el desprestigio de los idiomas. La inteligencia es la facultad de pensar comun á todo el género humano, pero el talento es el grado con que esta facultad se revela en cada uno de los hombres. Por eso aceptaremos como mas natural la frase *tiene mucho talento*, que la que dice *tiene mucha inteligencia*. Porque al calificar la aptitud de una persona, no la apreciamos por la sustancia inteligente que reside en todas, sino por el desarrollo de esta potencia, por su extensión, por su cantidad.

Pero ¿es lo mismo talento que disposición para el trabajo? El trabajo es una ley que pesa sobre la humanidad. La humanidad es débil; abunda en necesidades, pero tambien tiene á la mano los medios de acudir á todas sus exigencias, bien sean las indispensables á su conservación, bien sean las necesidades facticias ó hijas del estado social, pero que nos demandan tan imperiosamente como las otras. El trabajo consiste en la aplicación de nuestras fuerzas, ya sean nuestras facultades físicas, ya sean nuestras fuerzas morales ó sea la inteligencia, que es la fuerza racional. Así es, que en el trabajo entran dos elementos, el uno la inteligencia, el otro la fuerza material. Por eso comprendemos desde luego que habrá unos trabajos en que predomine el elemento intelectual, y otros en que prepondere el elemento material. Y ¿deducimos lógicamente de los principios asentados que el que mejor trabaja tiene mas talento? De aceptar semejante consecuencia y hacer de ella oportunas aplicaciones, empezáramos por recorrer las diversas profesiones, artes y oficios, y establecer una escala gradual sobre todos los que trabajan, y fijar el mérito de cada uno, y determinar las dificultades de todas las industrias, para calificar acertadamente á todos los que las ejercen.

Pero bien pronto se deja ver la imposibilidad de semejantes operaciones. Y aun cuando pudieran practicarse, y aun cuando fijáramos el mérito de cada uno de los industriales, y aun cuando estableciéramos la relación de todas las profesiones y oficios por sus dificultades propias, ¿sabríamos apreciar las disposiciones de los que las desempeñan ó ejercen? Tamaña empresa no alcanzamos á realizar. Penetrar en el sagrado recinto de la inteligencia, valuar todo su poder, determinar sus facultades, medir su vuelo y señalar los límites de su esfera, no es dado conseguir al humano mortal. Se ha dicho con sobrada razón que lo mas difícil para el hombre es el *nosce te ipsum*, y si no nos podemos conocer á nosotros mismos, ¿conoceremos á los demás?

Faciles son de comprender las diferencias principales que separan á unas de otras artes, á unos de otros oficios, á unas de otras profesiones. Hay oficios puramente mecánicos ó materiales; en ellos interviene muy poco la inteligencia, puede decirse que se abandonan á la fuerza bruta. Y ¿conoceremos el talento de las personas que los ejercen por la mayor ó menor perfección ó soltura con que desempeñan sus funciones? Hay tambien otras profesiones en que sobresalen y se distinguen algunos individuos, no por el grado de su inteligencia, sino por el mayor desarrollo de alguno de sus sentidos. Fijémonos en la música, y observaremos que hay algunos hombres muy notables en este arte divino, y que son incapaces de comprender los mas claros principios de una ciencia. Es verdad que las armonías que produce el canto de las aves y el de algunas particularmente, nos demuestra que el desarrollo del órgano oído es uno de los elementos principales de la música. Si animos á un oído delicado una disposición limitada pero suficiente

para comprender el mecanismo de la música, llegaremos á ser artistas filarmónicos. Si á estas circunstancias reunimos ó una voz dulce para el canto, ó una ligereza en nuestras manos para aplicarla á un instrumento musical, no solo entenderemos la música, sino que sabremos traducirla prácticamente, sabremos expresarla en sonidos, sabremos hacerla sentir. Pero ¿acreditaremos con nuestros triunfos la bondad de nuestro talento? Habremos demostrado nuestra disposición para la música, pero no el desarrollo de nuestra inteligencia, ni nuestra robusta razón, ni nuestro talento. Y ¿no vemos de continuo brillar por sus dotes en la música á hombres y mujeres que solo se distinguan por su carácter ligero é inteligencia superficial?

Si queremos encontrar el talento no hemos de buscarlo ni entre los que se dedican á oficios materiales, ni entre los que se consagran á las artes bellas, ni entre los que desempeñan cargos demasiado mecánicos. Y esto no quiere decir que dejen de poseerlo, sino que por la índole de sus profesiones no pueden acreditarlo. Un pintor podrá ser un gran pintor, podrá copiar fielmente la naturaleza, podrá asombrar al mundo con sus cuadros, pero ¿será por el desarrollo de su inteligencia? La experiencia nos atestigua lo contrario. El pintor debe tener educada su vista, es decir, un sentido, uno de nuestros órganos materiales, para no perder ni un matiz, ni un detalle, ni ninguna de las circunstancias que animan ó embellecen el cuadro que ha de robar su pincel. El pintor debe tener una educación práctica para delinear con precisión, exactitud y soltura, pero ¿exigiremos de él que consagre su atención á descubrir las misteriosas leyes que embargan la vida del filósofo. Luego para ser un gran pintor, precisa será la educación de la vista, precisa será la educación de las manos, pero no será indispensable el cultivo de la fría razón. Por eso vemos grandes pintores y cuyo mérito es proverbial, que no se distinguen por la profundidad de su criterio.

Luego si llamamos talento al desarrollo de nuestra inteligencia, no pretendamos encontrarlo en aquellas personas que acreditando especial disposición para cultivar artes sublimes, demuestran su ineptitud para el cultivo de las ciencias. Distingamos pues el talento de la disposición para las artes ó oficios mecánicos. En las ciencias funciona principalmente la fría razón y secundariamente los sentidos. En las artes y oficios entra en mas cantidad la influencia y el auxilio de los órganos materiales que el de la inteligencia.

Pero en las ciencias podemos tambien establecer algunas diferencias importantes. Hay ciencias especulativas ó de puro raciocinio, y hay ciencias experimentales ó sujetas á la observación. Estas últimas son de mas fácil estudio, pues sus demostraciones van acompañadas de elocuentes pruebas, de las pruebas mas irrecusables, de los hechos. Pero las primeras encierran mayores dificultades, pues no es tan asequible á nuestra inteligencia comprender unas teorías cuya aplicación no ha de impresionar nuestros sentidos. Por eso será necesario mas talento para consagrarse con provecho al estudio de las ciencias especulativas que al de las ciencias experimentales, pues que para el de estas últimas nos favorecen nuestros órganos externos, y para el de las otras nos perjudican distrayendo la atención.

Finalmente, no es fácil conocer y apreciar el talento de las personas que nos rodean, y ni aun el de aquellas que tratamos con mas intimidad. El trato social es generalmente vulgar, y apenas se tocan en él cuestiones en que hayan de acreditarse las dotes de una inteligencia privilegiada. Y aun cuando ocurran, ¿es juez competente el sentido comun? En ciertas materias lo será siempre, en otras nunca.

Los talentos solo pueden darse á conocer entre talentos, bien proclamando doctrinas, ó bien en una lucha científica en que los contendientes esgriman armas bien templadas. De no ser así, podrá nacer y vivir y morir un genio ignorado, porque no le comprendiera el público que le escuchara.

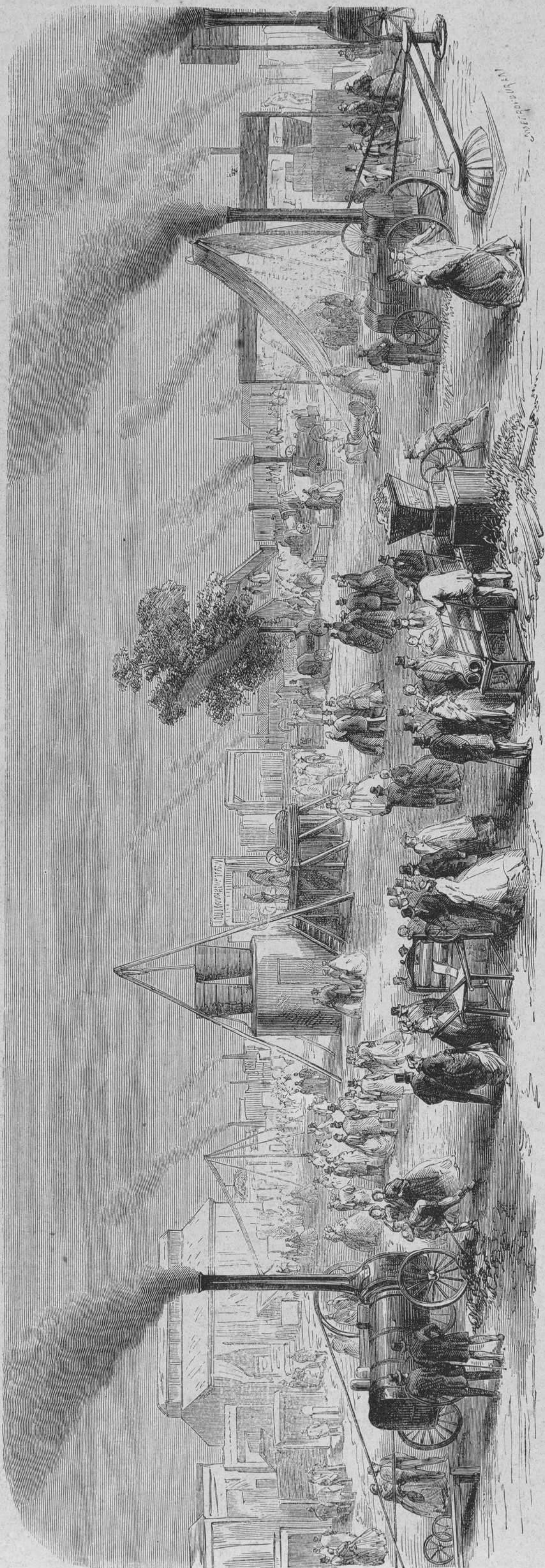
El talento puede manifestarse ó en una inteligencia que comprende lo que le explican, ó en una que no solo comprende sino que discurre hasta descubrir los principios científicos, ó en una que comprenda, y que descubra, y que vea con claridad y sin esfuerzos, y sin violencia, las verdades mas sublimes que brotan en el frondoso campo de la filosofía.

JUAN CANCIO MENA.

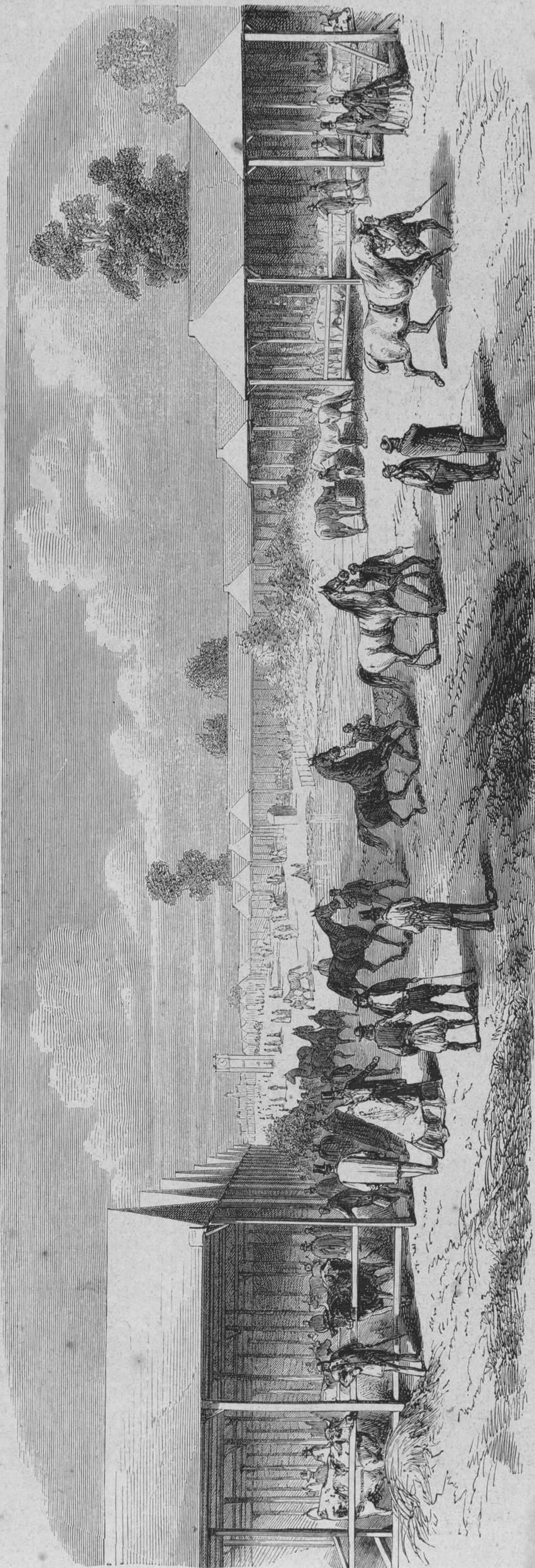
La exposición de agricultura en Londres

EN EL PARQUE DE BATTERSEA.

En tanto que todos los omnibus de tierra se dirigen al palacio de la Exposición durante la semana última, todos los omnibus del Tamesis subian hasta el parque de Battersea donde desembocaban una muchedumbre de curiosos. Es magnífico ver cómo se amontona la gente. El puente de Londres está cubierto de personas; se cree que el barco de vapor cargado enteramente va á subir en derechura á su destino, pero nada de eso: hace escala en los embarcaderos de San Pablo, del Temple y de Westminster, y en cada uno de estos recibe nuevos viajeros. Entre tanto la gente se apiña mas y mas y así se llega. En todos sentidos, en todas direcciones se cruzan los buques; cada cual obedece á un movimiento mudo, y las aglomeraciones y enredos mas grandes se resuelven sin un grito, sin un accidente. De este modo



Exposicion de la Sociedad real de agricultura en Battersea-Park en Lóndres. — Las máquinas. — Los animales.



signar con satisfaccion que todos los fabricantes de sedas de Barcelona han sido premiados; todos, menos dos, los de Valencia; de Sevilla y de Reus la mitad; de Huesca el único: que los cuerpos de artillería é ingenieros de minas han sido honrados en sus mas esclarecidos representantes; y que no hay ramo, en fin, donde en mayor ó menor escala no tengamos algo que aplaudir y muchos progresos que reconocer.

Una cosa nos ha llamado la atencion, que no queremos dejarla para luego. Nuestros industriales no han comprendido, y creemos indispensable decirselo en todos los tonos, la verdadera indole de las exposiciones. Tienen sin duda la equivocada idea de que exposicion y bazar son una misma cosa; que las exposiciones se han inventado para exhibir maravillas de lujo y de riqueza; que todo lo que no es artistico y prolijo en su confeccion, desdice de este género de certámenes; y en una palabra, que el primer y el coste son los elementos de la materia exponible.

Algo hay de cierto en todo ello; pero es cabalmente lo que constituye la falsificacion de la idea. Si las exposiciones no son todo lo útiles que debieran ser; si el decaimiento que se nota en la actual, y de que hemos de ocuparnos otro dia, indica que no van á reproducirse con frecuencia ó á ser alteradas en sus bases esenciales, consiste en que un exceso de lujo y un defecto de vulgarizacion y baratura ha bastardeado el primitivo pensamiento de estos concursos. Pero las naciones que mas inaccesibles objetos presentan, se apresuran tambien á intercalar obras de uso comun, de adquisicion facil y moderada, que evidencian el progreso útil de la industria y del arte. Grecia y Roma llegaron en sus dias á una altura de progreso tan considerable, que el mundo moderno, con todas sus maravillosas conquistas, está quizá distante de obtener. Pero el mayor avaloramiento del siglo actual con relacion á los siglos de Pericles y de Augusto, consiste en que la comodidad tiende á generalizarse, en que no es ya patrimonio de unos pocos la posible y moderada percepcion de los gozes de la vida; en que el trabajo humano puede producir lo suficiente para que el hombre activo y laborioso recoja el premio de su labor y sus afanes. Las exposiciones públicas pues no pueden, no deben proscribir el lujo; pero el lujo no es la base de las exposiciones: la utilidad en relacion con la baratura, hé aqui su fórmula: la vulgarizacion de los objetos necesarios, hé aqui su legitima tendencia.

España ha desconocido esto casi completamente. España ha tenido como vergüenza de exponer en Lóndres multitud de objetos de su industria particular, y como si dijéramos casera, que habrian producido gran efecto en su examen y no poco provecho á los expositores. Se nota en la exposicion española una tendencia á lo raro y difícil, cuando la mayor gloria de un pueblo trabajador es producir mucho con facilidad y carácter propio.

Hemos expuesto cerámica inglesada, que aunque buena, no puede sostener comparacion con la de estos países, y hemos desdeñado nuestros barro, tan originales como útiles y bellos, que merecian conocerse por su extraordinaria variedad y baratura. Hemos querido manifestar que somos perfumistas, sin que nos llame Dios por ese camino, y no hemos evidenciado que somos jaboneros ordinarios, cuya extensa produccion, y económico consumo nos arrebatara la América. Hemos tratado de indicar que somos curtidores, con harta sonrisa de los pueblos que lo son realmente, y no nos hemos cuidado de decir que somos zapateros y guanteros tanto ó mas que el primer pueblo de Europa.

¿Quién habia de creer, por ventura, que las mantas campesinas de Palencia y Granada habian de llamar la atencion en los términos que esto sucede, y producir á esas dos capitales un núcleo de comercio tan extenso como á ellos se les antoje? ¿Porqué no ha mandado quesos España? ¿Porqué no ha exhibido su centenar de clases de aceitunas? ¿Porqué ha tenido timidez en decir que tiene muchas pequeñas cosas con las cuales no padecen sus hijos el hambre, la desnudez y la miseria que tan comunes son en los pueblos que enseñan, sin embargo, espejos como casas, tapices que encierran tesoros y porcelanas dignas de los museos?

Esto es lo que en nuestro sentir debe gritarse una y otra vez al oido de nuestros industriales para que sepan que no solo mucha honra, sino provecho extraordinario, pueden sacar de sus talleres, avisando á la Europa que en ellos se produce á precios modestísimos infinidad de cosas que la Europa les pediría desde luego. Estamos escuchando desde aquí la observacion de que una gran parte de los productos enunciados no se fabrican bien ni en cantidad suficiente para ofrecer exportaciones. Mas los que así discurren deben saber que el consumo mejora la fabricacion y aumenta la cantidad por gracia del interés que reporta; y que si á un pueblo no se le hace camino porque es pequeño, nunca llegará á ser grande por falta de camino para los pobladores. Vengan al extranjero ejemplares afanosamente elaborados de objetos ó sustancias útiles; que cuando se pida gran número de ellos podrán introducirse facilidades y mejoras en su confeccion.

España, según se ve por lo que llevamos dicho, tiene, á nuestro modo de sentir, una exposicion que le sobra y otra que le falta. La que le sobra es una abundancia de productos naturales, un lujo de regalos de la Providencia que merecen envanecer al que los posee, pero que no conviene mucho evidenciarlos. La que le falta, es la que persuada del bueno y extraordinario uso de esos productos naturales; la que certifique de que no al acaso y por capricho divino se confíaron á los españoles tan inestimables y profusos tesoros.

Tal es, brevemente expresada, la impresion primera que en nuestro ánimo produjo una rápida visita al local destinado en Kensington para España. Si mas meditaciones reflexiones modifican ó alteran nuestro juicio; si la observacion y el tiempo nos inspiran diversos pareceres de los aquí consignados en cumplimiento de un deber perentorio, nadie tendrá que reclamarnos rectificacion, porque nadie tampoco nos sobrepuja en el deseo de que España brille la primera en todas partes, ni nadie en la impaciencia de que corran los años que nos separen el dia de este dichoso ensueño.

CARTA CUARTA.

Nos quejábamos el otro dia del desden con que nuestros industriales habian mirado la exposicion de Lóndres, ó de la mal entendida modestia con que se habia abstenido una gran parte de ellos de ofrecer sus productos á la contemplacion y examen de todas las naciones. Haciamos notar que en circunstancias como esta, objetos humildes y de escasa importancia para los naturales solian ser muy apreciados y solicitados de los extranjeros; pero no tocamos, ni aun con la brevedad propia de esta clase de escritos, otra falta mayor que se advierte en el local de España, referente á materias y objetos que por ser de general fabricacion y uso, es necesario exhibir, si no se quiere dar una pobre idea del país que carece de ellos.

Nos referimos á cuantos productos se fabrican con las primeras materias que en variada, rica y numerosa coleccion hemos expuesto, y muy especialmente á los de metal que ocupan hoy rango tan superior en la industria y en las artes. Poco importa que Hiendelaencina y Sierra-Almagrera produzcan admirables platas, y Vizcaya y Asturias excelentes hierros, y Andalucía exquisitos cobres, y Murcia plomos inmejorables, si toda la ciencia y la industria toda se reducen á arrancar de la tierra los minerales y venderseles al primero que se presenta á comprarlos. Esto, como deciamos, lejos de mostrarlo con orgullo, haciendo una vana ostentacion de riqueza, debe quedar reservado en casa, aguardando tiempos mejores, porque no es de un país cuerdo el pretender parecerse al avaro que se contenta con la satisfaccion de poseer, sin aspirar á la dicha de que aplaudan el buen uso que hace de sus tesoros. — Afortunadamente España no es ese avaro que pueden figurarse los que noten la falta de los productos á que aludimos. España produce menos que otras naciones, esto es innegable; pero entre producir menos y no producir nada, media una mentira de que son responsables los expositores remisos ó demasiado modestos.

Pues qué, ¿no hay en Madrid, en Malaga, Barcelona y otros puntos fundiciones de hierro que surten de útiles y hermosos objetos á la industria, á la construccion y al ornato? ¿No hay plateros en Córdoba y en Castilla? ¿No hay talladores, no hay cinceladores, no hay fundidores? — ¿Dónde se han hecho las puertas del Congreso? ¿Dónde las lámparas de San Francisco el Grande? ¿Dónde la custodia de la catedral de Arequipa? — Pues qué, ¿no silban en nuestros ferro-carriles locomotoras construidas en nuestras fabricas? ¿No surcan nuestros mares barcos de vapor cuyas maquinas han salido de nuestras factorias? ¿No se elevan en nuestras plazas estatuas modeladas en nuestras fundiciones? ¿No penden de las torres de nuestros templos campanas fundidas en nuestros hornos?

Sospechamos que se nos va á decir: — «Nuestra industria metalúrgica está bastante atrasada con relacion á la extranjera, y nuestros productos no podrán competir con los de Inglaterra, Austria y Bélgica, por ejemplo.» — Prescindiendo de que esto no es verdad en absoluto, pues que si en muchos ramos estamos atrasados con relacion á estas naciones, en otros podemos presentar ejemplares de belleza, utilidad y baratura, hay además que tener presente la indole genuina de las exposiciones universales. No todo lo que se envía á ellas debe tener el objeto de competir ni el de admirar: no todo es certamen y lucha: hay tambien, debe haber tambien mucho de exhibicion y enseñanza, ora sea para demostrar que ya se tiene y que no se necesita, ora sea para decir que se copia bien, ora para manifestar que se perfecciona, simplifica ó abarata, ó bien sencillamente para enseñar un conjunto, aun cuando imperfecto, que consta de alguna parte superior á las de otros países, — las exposiciones universales deben hablarlo todo: pieza de fundicion puede existir, groseramente trabajada, que revele una tierra de moldear inapreciable; objeto puede haber de martinete, torpemente ideado, que demuestre una habilidad extrema en el brazo de los hombres. — Por otra parte, si vuestra disculpa fuera plausible; si el temor de no competir os retrae, ¿porqué habeis enviado pianos á Lóndres, encajes á Bruselas, algodones á Manchester, sedas á Lyon, vinos al Rhin y cereales al Nilo? ¿Pensabais competir con estas especialidades?

Pues bien: vuestros pianos han merecido generales elogios por su esmerada construccion, sus buenas voces y apreciable baratura: no habeis competido con los ingleses, pero los ingleses dejan ya de contaros por tributarios en sus instrumentos de salon. Vuestras blondas, modestamente enviadas, se han colocado á la cabeza de todas: Bélgica ha sido la primera en encajes de hilo; Francia é Inglaterra en imitaciones, pero Cataluña ha reinado sin rival en las blondas. Vuestras excelentes lanas, de las cuales en 1847 importó la Inglaterra 424,408 libras, y en 1861, 1.000,227 (dato elocuente

que contesta por sí solo á los que dicen que nuestras lanas van perdiendo desde la abolicion del honrado Concejo de la Mesta); vuestras lanerías, deciamos, que se han quedado muy por lo bajo de las riquísimas inglesas y francesas, han demostrado, al menos en el presente concurso, cuanto se afanan los industriales para llegar á mayor altura, y merecido por estos esfuerzos unánimes elogios de los jurados. Vuestros algodones no han podido competir con los de Inglaterra en baratura, ni con los de Francia en buen gusto y colores; pero al clasificarlos en tercera clase, han declarado que somos de las naciones secundarias la que mejor y en mas abundancia trabaja el algodón, ó lo que es lo mismo, que para confundirnos en este punto no basta ya fabricar, como sucede con otros pueblos, sino que es menester fabricar extraordinariamente barato ó extraordinariamente bien, lo cual no dista mas que un paso de la emancipacion.

Vuestros cáñamos y linos han quedado tambien en tercer lugar, ocupando el primero ingleses y holandeses, pero no en razon á la calidad de los tejidos, que son muy buenos, sino atendiendo á la circunstancia de que reciben hiladas las primeras materias. Por último, vuestros caldos y vuestros frutos, aun cuando no sean modelo de elaboracion, han sido modelo de calidad, de cantidad, de hermosura, y muchos han manifestado, conquistando el primer puesto, que á poco trabajo se hallarán fuera del alcance de la competencia universal.

¿Porqué pues no haber intentado lo mismo con esas producciones cuya falta echamos de menos, y que en sentir de muchos no habrán venido porque no existirán? ¿Quién habia de decir que las fabricas de hierro y bronce del gobierno español iban á distinguirse de la manera que lo han conseguido? ¿Quién imaginaba que los pocos objetos presentados por algunos particulares de Malaga y Leon iban á ocupar un puesto considerado? Tal vez hubiese sucedido lo propio con las restantes, ó al menos una soberbia abundancia habria sido mas provechosa que la modesta ausencia de que hemos hecho alarde. La nacion que produce mucho, aunque sea imperfecto, vale mas que la que no produce nada aguardando la última moda.

«Vosotros (nos dicen) que fabricais en Toledo esas magníficas espadas cuya marca falsificamos nosotros en nuestros talleres de Inglaterra (histórico: véanse ejemplos de ello en el museo de artillería de Madrid), ¿no haceis nada mas con vuestro acero? Vosotros que fundis y acuñais esa hermosa moneda salida de tantas cuencas argentíferas, envidia de muchas naciones, ¿no haceis nada mas con vuestra plata? Vosotros que presentais tan abundantes mármoles, tan variadas maderas, ¿no tallais, no esculpís, no fabricais muebles de lujo ó de uso comun embellecidos por la industria y el arte?»

A lo cual nos es forzoso responder: «Si batimos, si fundimos, si esculpimos, si tallamos, si fabricamos; pero nuestros industriales son muy modestos y no se atreven á mostrar sus obras, ó muy descuidados, y no dan á estas exposiciones toda la importancia que en sí tienen: perded cuidado para lo sucesivo, que en la primera exhibicion universal que se verifique, en la de Paris, por ejemplo, que se anuncia para 1863, nosotros aconsejaremos á nuestro gobierno, ó por mejor decir, nuestro gobierno apelará sin consejos de nadie, primero á la peticion oficial, despues á la persuasion privada, en seguida á la intimidacion si es necesario; y por último, votará una suma en nuestro rico presupuesto para comprar todo lo que considere oportuno y remitirlo de nuestra, como han hecho muchas de las naciones que teneis delante. España se presentará entonces con todo lo que tiene, y tendrá veinte veces mas de lo que hoy presenta; que en estos certámenes de la industria y del arte, España lo sabe bien, es donde se conquista el rango de potencia de primer orden.»

Acababamos de escribir la frase *rico presupuesto*, y es necesario sostenerla contra la malévolá sonrisa de los que por falta de conocimientos ó sobra de ligereza, sostienen todavia lo contrario. Es menester decir en muy alta voz y muy á menudo para que se comprenda bien, que España es de los países que pagan menos y producen mas en toda Europa; es necesario y conveniente decir que España paga poco, que debe y tiene que pagar mucho mas, aun cuando con hacerlo se arrostran impopularidades, porque la popularidad importa poco cuando puede perderse sosteniendo la razon y la justicia. — No comparemos el presupuesto de nuestro país con el presupuesto de Francia, con esa nacion que comparte el haber de los ricos con las necesidades de los pobres, que carga á la produccion onerosos tributos para proporcionar desahogo á las clases proletarias: verdadero socialismo de hecho, aun cuando se dicte en nombre de un derecho casi absoluto. No lo comparemos con el de Austria, insuficiente para las necesidades públicas, é insoportable, sin embargo, para la propiedad que lo paga. Ni con el de Italia, pueblo que se esquilma materialmente para reconstruirse en el orden político. Ni con el de Turquía, nacion que se descompone ante recursos que agota y exorbitantes gastos que no puede sufragar. Lo comparemos con el de la tranquila, reconstruida, poderosa y opulenta Inglaterra.

Inglaterra, que tiene 29 millones de habitantes, es decir, solo una tercera parte mas que España, percibe 320 millones de duros de sus contribuyentes, mientras que nuestro país no paga mas que 100. Dos veces y cuarto mas de contribucion pagan pues los ingleses que los españoles, y eso que los ingleses se costean por sí mismos su asistencia pública, su beneficencia, su proteccion al trabajo, sus sociedades de fomento, sus pre-

mios á la actividad, al valor, al patriotismo, sus grandes empresas nacionales, todo, en fin, lo que constituye la vida interior del país, al paso que España con sus 100 millones lo costea todo, porque el pueblo no hace nada por sí mismo.

Puede, en vista de esto, asegurarse que Inglaterra paga tres veces mas que España; y á la verdad que por numerosas y abundantes que sean las fuentes de su riqueza, y lo son mucho, siempre estará en proporción el cálculo de que el inglés paga doble contribución que el español á su gobierno, en absoluta igualdad de circunstancias.

« Pero esa enorme suma de millones (estamos oyendo que se nos dice) la emplea en su mayor parte en gastos reproductivos, con lo cual, si esquima la propiedad por un lado, aviva por el otro los elementos de la producción. »

A esto contestaremos también que es falso el supuesto, y en su virtud todas las consecuencias. Inglaterra, que no es nación militar ni llegará á serlo nunca, gastó el año pasado en su ejército 80 millones de duros, en su marina militar 63 y en los intereses de su deuda 130 millones; es decir, 273 de los 320 que saca los invirtió en esas cosas que causan la desesperación de los alarmistas españoles. Hasta en esto lleva gran ventaja nuestro presupuesto al de la nación mas favorecida.

Ahora bien: si nosotros reclamamos todos los dias adelantos que nos pongan al nivel de las naciones mas prósperas; si queremos ferro-carriles por todas partes, telégrafos eléctricos en vastísima red, correo diario entre todas las poblaciones y trasatlánticos frecuentes, gran remuneración á la industria y gran impulso al arte, representación oficial en todos los países, preponderancia marítima al nivel de nuestras antiguas glorias, y en una palabra, cuanto la civilización ofrece de grande, cuanto la riqueza brinda de cómodo, necesario es que lo pague como los demás lo pagan, ya que la naturaleza nos proporciona tantos elementos con que pagarlo. Así y todo estamos cobrando con usura lo poco que se nos pide, pues con reflexionar que en solo veinte y cinco años, despues de sacar á la riqueza territorial su interés legítimo, nos ha triplicado su valor, tendremos que convenir en que han hecho poquísimo los gobiernos con triplicar la cifra de sus gastos, que á la verdad no está triplicada.

« Pero no es eso lo alarmante (añadirán algunos en vista de estos datos irreprochables); verdad es que pagamos poco con relación á los otros países, y que debemos y podemos gastar mas; pero que no crezcan tan rápidamente los gastos como van creciendo; que no se nos pinte como ilimitada la altura, é imitemos á las otras naciones que la han limitado. » — También aquí tenemos números elocuentes que exponer; y números que sea dicho de paso, así como todos los que se consignan en estas cartas, están tomados de fuentes oficiales que cualquiera puede comprobar por sí mismo. — La Inglaterra, que en 1851, cuando la primera exposición universal parecia que habia llegado al limite de su poder, y por consecuencia de sus gastos, invirtió en el ejército 43 millones de duros; diez años despues, en 1861, ha invertido 78 millones; su armada, terror de los mares en aquella época, exigía 29 millones; 63 ha exigido á los diez años, y en cambio los ingresos de las rentas públicas, las aduanas, que son el gran tributo del país, y que en 1847 produjeron 100 millones de duros, no han aumentado en el año anterior mas que á la cifra de 113 1/2; enorme aumento comparado en sí mismo, pero harto débil é insignificante con relación al exceso de gastos, lo que indica que la enormísima diferencia restante se ha sacado á la propiedad en todas sus manifestaciones. — ¿Qué es lo que dirán ahora los hombres que en nuestra patria se quejan del peso de los tributos y de la creciente subida de los gastos públicos?

Esos hombres, estamos seguros de ello, tendrán que decir lo que nosotros, que para tener es necesario gastar; que para ser grandes es preciso comprarlo. — Cuando el presupuesto español, en vez de ascender á los 100 millones de duros á que escaseamente asciende hoy, suba en progresión regular hasta 200, España podrá estar y estará sin duda mejor representada en las exposiciones universales; España tendrá voto, y voto respetable, en los consejos de Europa; España verá ondear su pabellon en dilatados horizontes; como otras veces; recorrerán sus naturales la extensión del territorio en pocas horas; marchará su palabra instantánea debajo de los mares para conversar con los hijos de otro hemisferio; sus armas, si no delante, irán al lado de los primeros



S. M. el sultan Abdul Aziz.

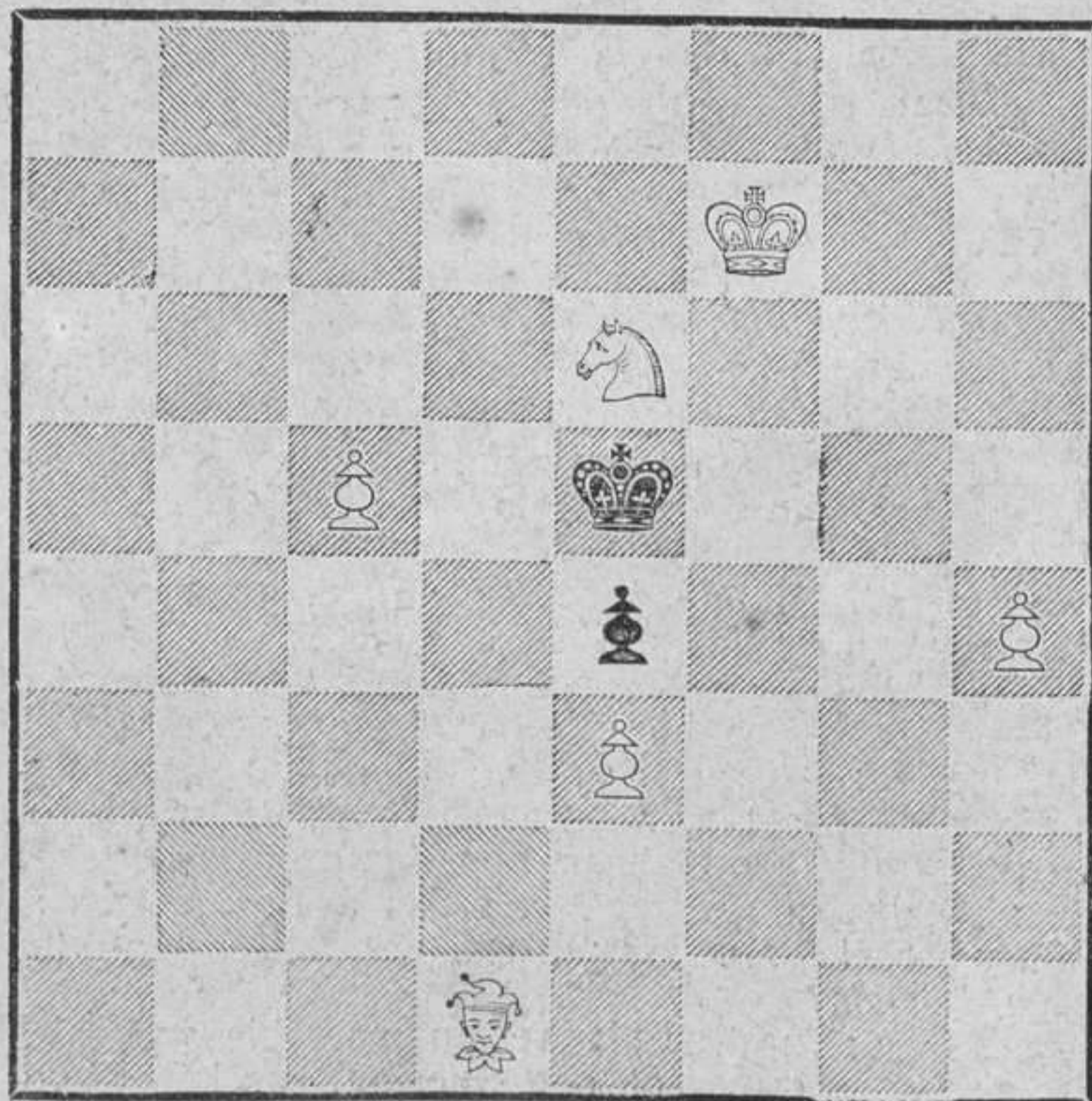
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 18.

- 1 P 4ª AR jaque. P come al pasar.
- 2 C 6ª Ra
- 3 A ó C mate.

PROBLEMA NUM. 19, POR OLLIVIERS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.

países en las obras de la civilización; su idioma no será, como es hoy, patrimonio exclusivo de los que lo aprenden al nacer; sus artes y sus letras se difundirán como en otros siglos por la extensión del mundo encantando a los hombres; — y todo esto sin el trabajo, sin las dificultades, sin los terribles escollos que otras naciones han tenido que vencer para iguales fines, porque España tiene en sí los elementos de su riqueza, se los debe á su clima, se los debe á su suelo, se los debe á Dios. Cuando España se convenza de estas verdades y no escatime sus tesoros para comprar la grandeza que en el mundo moderno no se compra mas que con dinero, España, sin que lo tenga que agradecer á nadie, y muy pronto, si muy pronto quiere ella, recibirá el empleo y cobrará el sueldo de potencia de primer orden. Hasta tanto, tiene que contentarse con el papel que le quieran asignar: triste es confesarlo, pero es lo cierto.

Hemos nombrado las artes hace poco; y ¿cómo están representadas las artes españolas en la exposición de 1862?

(Se continuará.)

El sultan Abdul Aziz.

El sultan Abdul Aziz Khan nació el 15 chaban 1245 (9 de febrero de 1830), y sucedió á su hermano Abdul Medjid el 16 dsu'l hedji 1277 (25 de junio de 1861). Sabido es que en Turquía la sucesión al trono es colateral, y hé aquí porqué los nietos de Mahmud no son mas que príncipes de la familia imperial. Si nada viene á trastornar este orden de cosas, el imperio otomano será gobernado á la muerte del sultan actual por el primogénito de los quince hijos de Abdul Medjid, Mehmed Murad Effendi.

Los primeros actos del sultan causaron en Constantinopla un entusiasmo que se ha enfriado mucho. El nuevo soberano, sin dejar de mostrar una generosa solicitud por los miembros de la familia de su predecesor, entró desde luego de un modo muy notable en la via de las economías.

Su madre cobraba cinco mil piastras por mes, y él las suprimió diciendo:

— Mi madre no necesita nada; yo atenderé á todas sus necesidades.

Y como insistieran en ello, consultó á la madre que respondió:

— No necesito nada; mi hijo me quiere y cuidará de mí.

No pondremos en duda la autenticidad de estas historietas que merecieron tanto aplauso; sin embargo, las correspondencias han entregado despues á la publicidad cierto número de hechos, y sobre todo la compra de una cama enriquecida de pedrerías de un valor de siete millones de piastras, que parecen indicar un gran cambio en las ideas económicas del sultan.

Lo cierto es que Abdul Aziz es activo y laborioso, y que desea devolver al imperio una vitalidad bien comprometida. Sin tener el aire aristocrático y la melancólica distinción de su predecesor, es de buena presencia, circunstancia importantísima en Oriente para un hombre colocado en tan alta posición. Un escritor que conoce muy bien las cosas orientales, M. Plee, ha trazado este cuadro del sultan, en cuyo parecido todos los testimonios están contestes:

« Se ha dicho que Abdul Aziz habia sido educado en la oscuridad y la esclavitud disfrazada del palacio, lo que es un error. Su hermano le dejaba muy libre, todo lo mas libre posible, y Abdul Aziz no se aprovechaba de esta libertad sino para entregarse á dos pasiones favoritas, la caza y la agricultura. Pedía vacas y labradores de Suiza, se extraviaba á menudo en las montañas de Asia, y parecia ocuparse muy poco de su trono futuro. Aunque no habla el francés como su hermano, se rodeaba de artistas la mayor parte de ellos franceses. Estos le enseñaron el dibujo, así como le dieron á conocer también la música francesa y alemana. En estos últimos tiempos otra pasión se habia unido á la caza y á la agricultura, y de esa pasión nació el joven príncipe, cuyo nacimiento no proclamaron sino al advenimiento del hermano, y eso que contaba ya cuatro años. Jamás hasta aquí ningún sultan habia tenido un hijo antes de subir al poder. »

Este hijo, Yussuf Izzedin, nacido el 9 de octubre de 1857, ha sido incorporado por orden de Abdul Aziz en el primer batallón del regimiento de cazadores de la guardia con la categoría de *tchauch* ó cabo.

D. O.